

La Esfera

- 6 JUL 1920

Año VII * Núm. 335

Precio: 60 cénts.

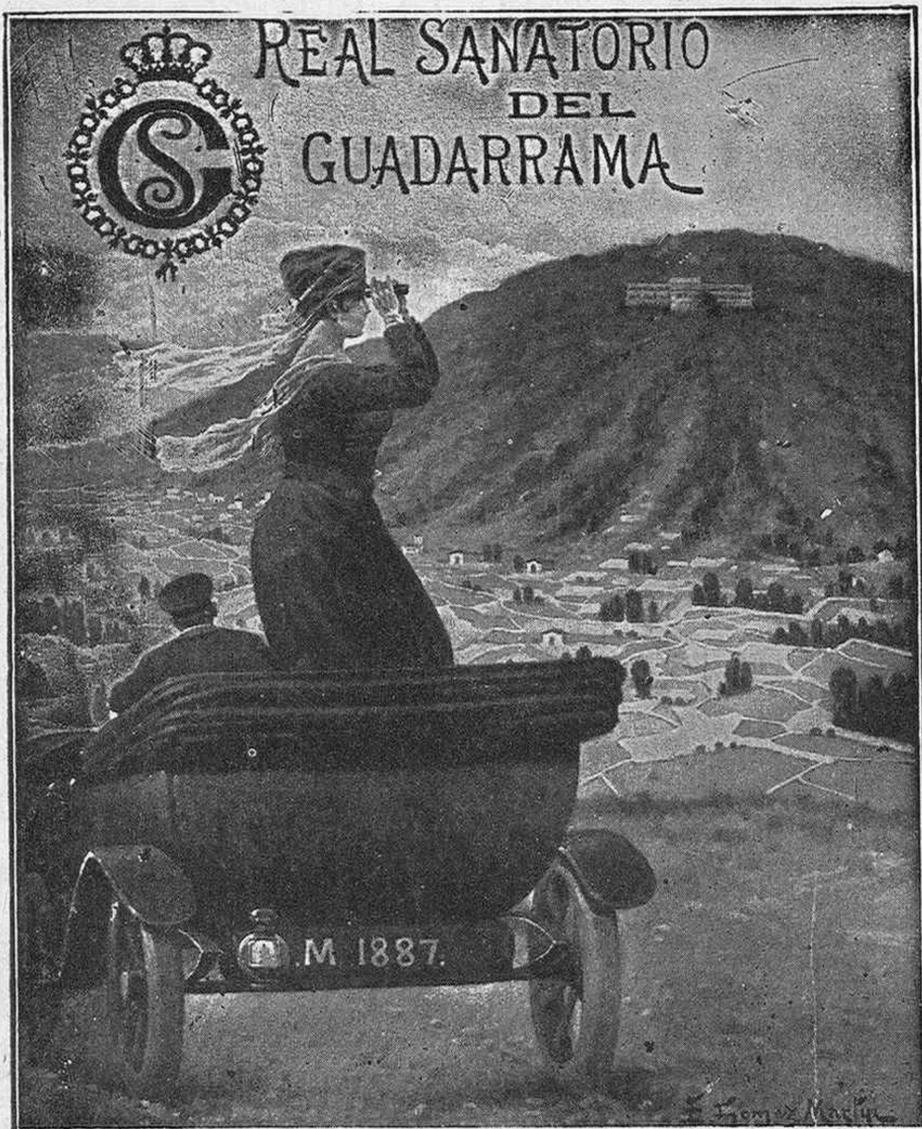


LLEVANDO EL PESCADO, cuadro de Rigoberto Soler, que figura en la Exposición Nacional de Bellas Artes

ZURICH

La ciudad más grande y más importante de Suiza
Situación soberbia á la orilla del lago de Zurich
Estancia agradable :: Distracciones variadas
GRAN CENTRO DE EXCURSIONES

Folletos en el "BUREAU OFFICIEL DE RENSEIGNEMENTS", de Zurich



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel de mar.—Muyor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.

Para informes y admisión, dirigirse al Sr. Director—Gerente, **D. Luis Gonzaga Martínez**, COLEGIO DE MÉDICOS, MAYOR, 1



PECHOS Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCASIANAS**, Doctor Brun. Inofensivas. Recomendadas por eminencias médicas. ¡27 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pesetas frasco.

MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. GRANADA, Ocaña. SAN SEBASTIAN, Tornero. MURCIA, Seiquer. VIGO, Sádaba. VALLADOLID, Llano. JEREZ, González. SANTANDER, Sotorrio. SEVILLA, Espinar. BILBAO, Barandiarán. CO-
RÚA, Rey. TOLEDO, Santos. LAS PALMAS, Lleó. MALLORCA, «Centro Farmacéutico». HABANA, Sarrá. CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». TRINIDAD, Bastida. PANAMA, «Farmacia Central». CA-
RACAS, Daboin. SANTO DOMINGO, Fiallo. QUITO, Ortiz. MANAGUA, Guerrero. BARRANQUILLA, Acosta. Mandando 6,50 pesetas sellos á Pousarxer, Mar-
qués Duero, 84, apartado 481, BARCELONA, remítase reservadamente certifica-
do. Muestra gratis para convencimiento del éxito. *Desconfiad de imitaciones.*



JOYERIA Y PLATERIA

Gran surtido en objetos para regalos

FERNANDEZ Y VEIGA

Esparteros, 16 y 18.—Teléf.º M. 2.529.—Madrid



Lea Ud. los viernes **NUEVO MUNDO**

LA BIEN PAGADA

ÚLTIMA NOVELA

DE

“El Caballero Audaz”

EN TODAS LAS LIBRERÍAS



FOTOGRAFÍA

BIEDMA

Alcalá, 23.—Teléfono 730

Casa de primer orden ☐ Hay ascensor



HARIE CHAPIN

el rey de la risa
dice: mis éxitos
cinematográficos
son tan conocidos
y grandes como los
obtenidos por los
excelentes

PRODUCTOS CALBER

CREMA CALBER

(sólida)

Embellece el cutis y
blanquea sin dañar.

DERMA CALBER

Refresca y blanquea
las manos de modo
extraordinario.

JABON CALBER

El de más duración para el
tocador.

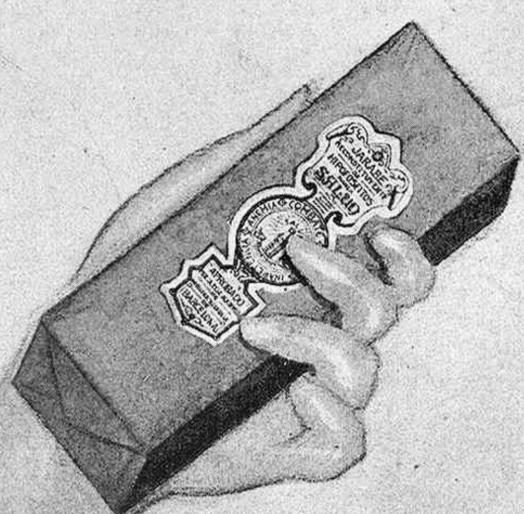
AGUAS DE COLONIA CALBER
ORIENTE FLORIDO :: LAS ME-
NINAS : MARAVILLAS DE ESPAÑA

Perfumería Higiénica Calber - San Sebastián

BALDRICH. 920.



Talisman de Juventud



es este famoso Jarabe
porque rápidamente
devolverá a mis pálidas
mejillas el sonrosado
color que perdieron

Si padece usted **ANEMIA, DEBILIDAD, CON-
SUNCION, NEURASTENIA, INAPETENCIA,**
etcétera, pida usted insistentemente el tan efi-
caz como afamado **JARABE DE**

Hipofosfitos Salud

APROBADO POR LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA

AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD, impreso en tinta roja. En la Argentina pídase "HIPOFOSALUD"

Agentes para la venta.—*En la República Argentina:* Iglesias, Bidón-Chanal y C.ª, Moreno, 661 y 663, Buenos Aires.—*En Venezuela:* Eliseo de Aramburu, Coliseo á Corazón de Jesús, 48, Caracas.—*En Cuba:* De venta en las principales farmacias y droguerías.—*En Panamá:* Gervasio García, Avenida Central, 68, Panamá.—*En Filipinas:* Martini Drug Co Inc. P. Moraga, 29. Tel. 535, Manila.—*En Colombia:* J. M. y N. E. Acosta Madiedo, Progreso, 5, Barranquilla.—*En Chile:* Eduardo Limiñana, Santa Victoria, 350, Santiago de Chile.—*En Puerto Rico:* José Combas, Apartado 182, San Juan.—*En Méjico:* F. García Castelló, Avenida República El Salvador, núm. 50, México.

La Esfera

Año VII.—Núm. 335

5 de Junio de 1920

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

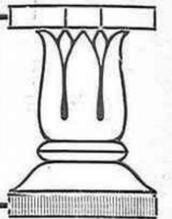
ATENEODE
BIBLIOTECA
* MADRID



RINCONES DE BARCELONA.—LA CALLE DE CARABACA, acuarela original de P. Flotats



DE LA VIDA QUE PASA
V E N U S Ó M A R T E



DESDE hace algún tiempo, las más potentes estaciones radiotelegráficas del mundo reciben ondas de misteriosa procedencia, y otra vez, con este motivo, ha vuelto á suscitarse la hipótesis de si Venus ó Marte, los dos planetas de estructura y atmósfera más similares á la Tierra, estarán habitados por seres inteligentes deseosos de comunicarse con nosotros. ¿No serán esas enigmáticas ondas esfuerzos suyos para excitar nuestro anhelo de conocimiento?

Como suele acontecer en las empresas grandes, los ignorantes son los más incrédulos; pero Tesla y Edison, los dos ahijados predilectos del hada Electricidad, afirman que el hecho nada tendría de extraño ni de irrealizable.

El «papá del fonógrafo», que llega á asegurar con científica ironía que no creará en el espiritismo en tanto no se invente una máquina para evocar á los espectros, no sólo se contenta con admitir la posibilidad de un intercambio entre Venus ó Marte y la Tierra, sino que se preocupa en tantear cuál sería la técnica conveniente para establecer esa inteligencia y expresar las primeras nociones, no por rudimentarias menos difíciles, dadas las diferencias posibles de nivel mental y hasta de condiciones fisiológicas.

Más que á un ensayo novelesco, á la manera de los realizados por H. G. Wells, se presenta á la probabilidad de que los habitantes de Venus ó Marte lleguen á relacionarse con nosotros, á servir de punto de partida á algunas consideraciones de carácter filosófico nada halagüeñas.

Descontando lo lento que ha de ser hallar un lenguaje de esencia óptica capaz de establecer de manera inequívoca las primeras comprensiones, inquieta el ánimo la duda de si tal intercambio sería útil al desenvolvimiento ético de la Humanidad. Casi de seguro, el diálogo limitaría durante algún tiempo á una exposición de ideas, de nociones, de referencias, sin eficacia inmediata para mejorar, sobre todo en cuanto á las superioridades de orden mecánico, la vida del planeta donde el progreso hubiese alcanzado menor nivel. Este intercambio, desprovisto de virtud asimiladora, sería algo así como la conversación del prisionero al través del alto é inaccesible ventanuco enrejado con el hombre libre que se detiene un momento, para valorar mejor su libertad, y sigue luego su camino encogándose de hombros, sin querer entristecerse demasiado por el mal inevitable del delito y del castigo.

Cuando tras lentos tanteos saliésemos de las primeras síntesis y comprobáramos una superioridad

ó una inferioridad muy distantes del plano de nuestra vida media, un estupor profundo nos iría llenando de melancolía y acaso de desesperación.

Si no se lograba dotar á las ideas dadas y recibidas de fuerza tangible, concluiríamos por sentir desfallecer la atención y por apartarnos del estudio de esa especie de asimilación interplanetaria con un desgano hijo de la impotencia; porque de la inmensa capacidad de investigar á través de los mundos las huellas de la vida y la obra del espíritu, sacaríamos sólo, á poco que la desventaja estuviera de nuestra parte, un nuevo testimonio doloroso de la pequeñez y de la incapacidad social heredada de nuestros pa-

dres, y que vamos, ¡ay!, también á dejar en herencia á nuestros hijos.

En estos momentos, tal conquista de la ciencia sería de inoportunidad bien triste. Cuando el hombre aprecia por la miseria, por el dolor y por la muerte prematura, la casi irreductible dificultad de entenderse con los demás hombres, la aparición de otros seres dotados de alma sensitiva y de energía capaz de crecer y de tornarse hostil, nos ofrecería la ocasión póstuma de recapitular la ignominia humana y de vislumbrar su castillo. El hombre que sometió todas las fuerzas adversas de su mundo—las fieras, los soterrados metales, los torrentes, el aire, el mar—no ha podido sofrenar esa potencia terrible que nace en sus instintos, toma forma sistemática en sus deseos y funesta acción en el consorcio de su inteligencia y de sus manos.

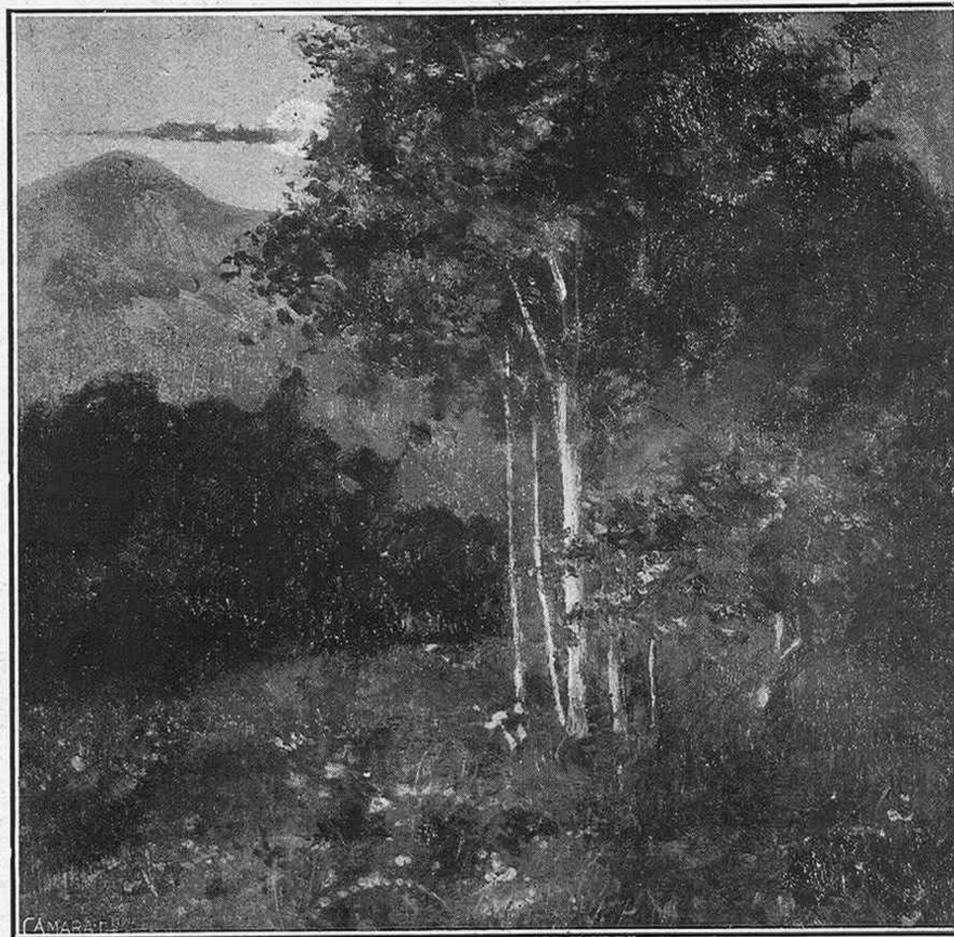
Mientras las relaciones entre los habitantes de Venus ó Marte estuviesen limitadas por la imposibilidad de una convivencia real, se retardaría el rompimiento; mas apenas esta imposibilidad se venciera, la utopía de la guerra interplanetaria pasaría á ser tremenda realidad. Los habitantes de Venus ó de Marte tendrían que ser nuestros esclavos ó nuestros tiranos, que el hombre no se consuela con menos; habrían de ajustarse á nuestro concepto áspero de la vida y, si tienen sangre, verterla al servicio de las pasiones, con sufrimiento y con encono.

Al través del aire, para servir al odio, se cruzarían las potencias del mal en flechas de luz, en ondas mortíferas, en flamígeros dardos robados por la crueldad inútil á la ciencia, que sólo á lo útil y á lo bello debiera dar su fruto. El hombre que no ha podido entenderse con el vecino al través de una misera pared ó de una misera frontera, no habría de entenderse con el vecino inesperado y tal vez incomprensiblemente extraño al través de cientos de kilómetros. Y la guerra surgiría feroz, formidable... Toda esta perspectiva de horror está implícita en el enigmático chispear que vibra de tiempo en tiempo en las antenas de las estaciones radiotelegráficas.

Y por si estas inexorables normas no bastasen á sugerir el miedo de ver realizadas las anteriores profecías, bastaría el hecho de que, por grande que fuese la indiferencia de los vecinos siderales, no podrían menos de entristecerse al saber que bajo la advocación de Marte hemos cometido casi todos nuestros crímenes colectivos, y bajo la dulce advocación de Venus gran parte de los individuales.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

ROMANCE DE PRIMAVERA



*Ya son los días más largos
 y son las noches más cortas;
 ya son las penas más tenues
 y son más dulces las cosas...
 ¡La Primavera se anuncia!
 ¡Hosanna! Cantó una alondra
 sobre las últimas nieves
 de las montañas brumosas.
 Ya el viejo rob'e patricio
 pujanza siente en sus hojas,
 que, aun cuando éstas son eternas
 como sus ramas medrosas,
 no por eso el recio roble
 —viejo poeta de la flora—
 deja de sentir la angustia
 de los días sin aurora.*

*¡La Primavera se anuncia!
 ¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Victoria!
 Rudos ex-hombres gorkianos
 de terribles facies rojas;
 dulces niños vagabundos
 á quienes miró la aurora
 durmiendo siempre en los quicios
 de las casas venturosas;
 poetas de enorme chambergo*

*y de melenas sedosas,
 que, hundidos en el arroyo,
 decís versos á las horas;
 miserables trotacalles
 y ramerías desastrosas;
 cuantos conocéis la angustia
 de las noches tenebrosas
 —hermanos en Dios, y hermanos
 de mi vida borrascosa—,
 ¡despertad! la Primavera
 dió ya su primera rosa.
 Dió ya su primera estrella,
 y se anuncia ya la hermosa
 luna lúlia y divina
 de las noches venturosas.*

*Hermanos, demos las gracias
 á Dios, que nos dió la gloria
 de sentir la Primavera
 al borde de nuestra fosa.
 Y ya que así fué, ¡gocemos!
 ¡Gocemos! ¡La vida es corta!
 (¡Oh, Anacreonte!, ¡tú tienes
 la Primavera en tu copa!)*

Xavier BÓVEDA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

PELÍCULAS BREVES

LA HORA DEL SOL



EN la pared maestra del caserío, los toscos barrotillos de madera marcaban el círculo del reloj de sol. Un grueso espigón de nogal proyectaba su sombra sobre la pared, señalando la hora...

Calcinaba la lumbre solar el ambiente bravo de la Pampa. Crepitaban por el calor los resacos techos de bambú del caserío, perdido en la llanura inmensa, de la que venían, clarísimos—en la transparencia encalmada de la atmósfera—, los largos relinchos rijosos de las pjaras de potros en libertad.

Era la hora plena, pesada y profunda de la siesta.

El sol de trópico abrasaba la tierra, que mostraba, como ubres pletóricas, sus terrones resacos, grietados, rojizos...

En la lejanía, un círculo de montañas cerraba el horizonte, irguiendo sus moles abruptas y salvajes...

Con paso lento y cauteloso, de felino en acecho, Liana, la gentil Liana, sale de bajo la sombra de un chamizo, en el que se refugian y sientan las bravas mujeres del «rancho».

Arrastrándose sinuosamente sobre la tierra rojiza, Liana llega al caserío, dobla su ángulo y se detiene, clavando su mirada en el reloj de sol, que marca la hora en la pared que enfrenta á Oriente.

Es la hora. Su hora de amor y de fiebre, ahora, cuando la Naturaleza, amodorrada por la calina, palpita, ardiente y encendida, y todo parece muerto de asfixia.

Pero á ella, hija de la Pampa, no le asustan las lumbres implacables del sol, ni sus centelleos irresistibles, ni la caricia de la llama que es ahora el ambiente; Liana está hecha á las largas caminatas bajo el fuego del trópico y á la sequedad angustiosa del desierto...

Liana es rubia toda ella. Tiene la cabellera como los rayos de este sol que la abrasa y la tez de la color del trigo maduro. En su rostro, de puro óvalo, sus pupilas doradas brillan como dos monedas de oro, como las pupilas de la leona en celo; su boca es roja, grande y cruel, como hecha de sangre y de voluptuosidad y de

En su cuello ebúrneo un grueso collar de ébano titila incesantemente, entrechocando sus cuentas y produciendo un ruido seco, como chocar de huesos.

La cinta negra de sombra marca en el reloj la hora, y Liana se estremece: es la hora que antes la incitaba al amor y ahora la lleva á la venganza.

En tiempos más felices, era en esta hora cuando Liana, abandonando el «rancho», corría hasta muy lejos, á la estribación de la sierra, en busca del amor de Duncan, el terrible gaucho bandolero que la enloqueció.

Era ella entonces muy dichosa amando á aquel bravo gaucho, que, como un centauro, recorría la llanura siempre á caballo, enemigo de todos, perseguido por todos, é imponiendo á todos, con su rifle y sus pistolas, la ley de su capricho y su majeza...

¡Ahora ya no es así! Ella, abandonada, ha sabido que en el mismo sitio que fué testigo de su amor y de su entrega, otra mujer espera ahora al gaucho; que él, como entonces, desafía peligros y burla emboscadas, por acudir á aquel delicioso oasis de la Pampa, donde le esperan otros brazos y otros labios de mujer que no son los de Liana...

¡Y eso, no!...

Toda su alma brava ruge, como una pantera, de rabia y de celos.

Esto no será mientras Liana viva; no serán para otra las palabras y los labios del gaucho que ella ama tan furiosamente.

Para la Muerte—la pálida rival, que puede llevarse nuestro amor sin darnos celos—será el cuerpo del bravo bandolero...

Liana acudirá esta tarde al sitio de la cita, é implacable y vengadora, como la Fatalidad, asesinará á su amor antes de que otra mujer se lo robe...

De entre su cintura Liana extrae un cuchillo, un gran cuchillo que le regaló su amante, y en cuya hoja, que es un rayo de luna, tiene escrito: «No vaciles nunca.»

Y detenida junto al reloj, que marca la hora

de su venganza, Liana lo hace brillar al sol y lo dirige hacia su pecho, y piensa, dolorida y terrible, que aquella hoja tan aguda, tan brillante y tan fuerte sabrá buscar el corazón del gaucho traidor... Y... salta sobre el potro alazán.

ooo

No corre, vuela el potro por la llanura, saltando matorrales, escalando obstáculos, siempre á campo traviesa, suelto el rubio pelo que ondea al sol como una llama ó como una bandera roja, dilatadas las pupilas, contraído el rostro en un gesto de odio. Liana azuza á la cabalgadura con gritos roncros, guturales, con alaridos salvajes...

Ya se acerca á la sierra; ya está próxima la terrible venganza...

Ella escucha el relincho de un caballo, y castiga fieramente al suyo.

Va ciega, frenética, de odios y de celos...

El sol incendia el ambiente con llamaradas de oro... Y ya próximo, se distinguen los árboles que dan sombra al oasis donde se refugiaba su amor y ahora triunfa la traición...

ooo

Se arroja del caballo con un salto inaudito.

Allí, en el oasis, sobre la tierra rojiza, está el gaucho, también rojo de sangre, de sangre que le empurpura el pecho y brilla al sol...

No lejos, un soldado vigila.

—¡Duncan! Duncan!—le llama desesperadamente Liana arrojándose al suelo sobre el gaucho.

—¿Qué va? ¡No le llame nunca más!—dice el soldado. —Su amante, para cobrar el premio que ofrecía el jefe por su cabeza, denunció que venía aquí, y la querida le mató hace una hora...

—¡Duncan! ¡Mi Duncan!—clamaba, desgarradora, Liana.

Y abrazada al hombre que venía á matar, la mujer llora frenéticamente, desmelenada y trágica, tintos los cabellos en la sangre del gaucho, abrazada á él, hipando, gimiendo, besándole, como si con sus besos quisiera volver á darle la vida.

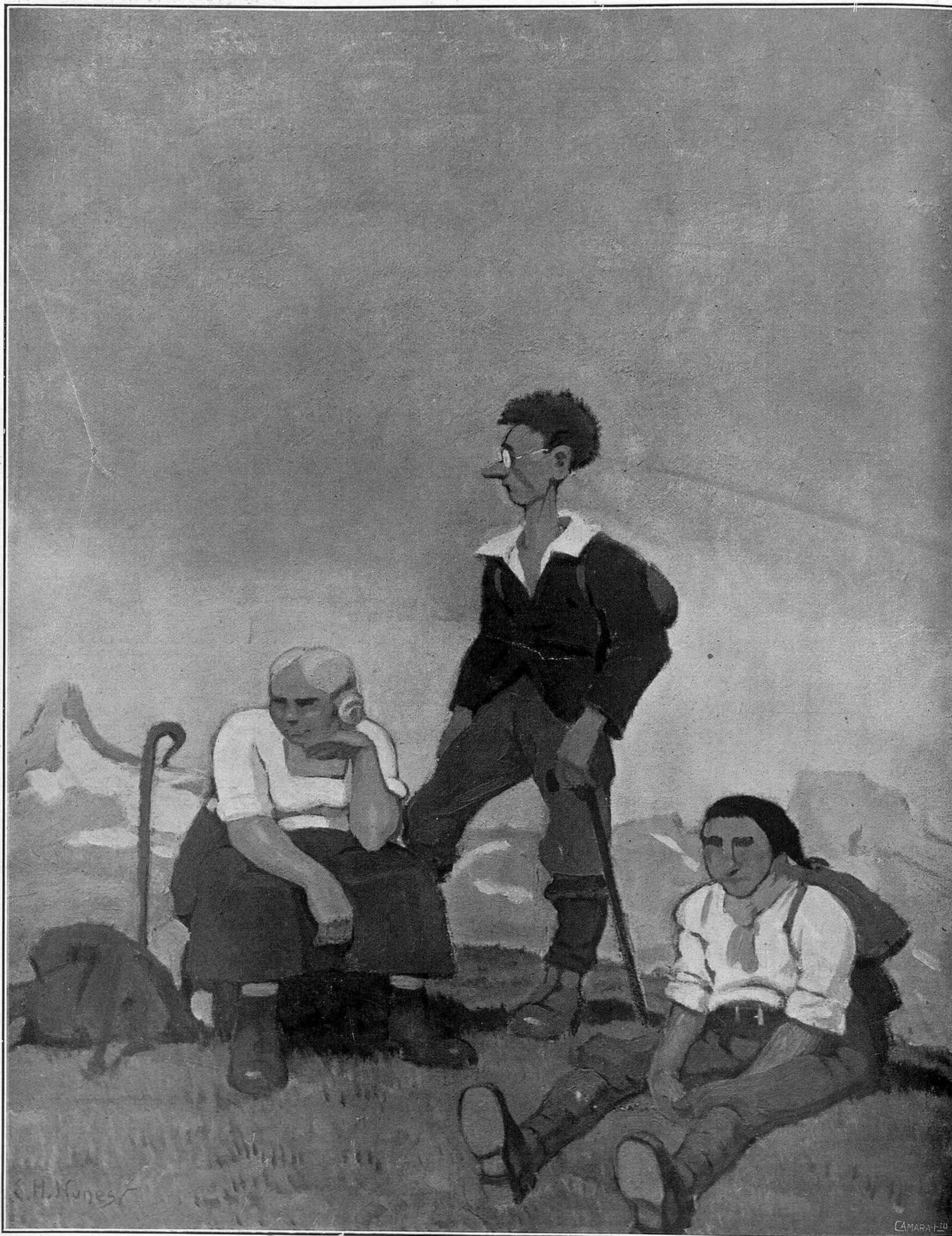
EL CABALLERO AUDAZ

FOTS. ARTCRAFT



LA ESFERA

PÁGINAS HUMORÍSTICAS



ALPINISMO DOMINICAL, caricatura original del humorista portugués Emerico H. Nunes

LA EXPOSICIÓN NACIONAL LA ESCULTURA

La sección de escultura compensa y desquita de la sección de pintura en esta Exposición. Ya en los otros dos certámenes nacionales la escultura española manifestaba esa línea ascendente que ahora se define mejor y afirmativa.

En cambio, la sección de pintura se abisma en la vulgaridad mediocre, en la contumaz torpeza.

Una sensación extraña de malestar causa la sección de pintura. Prescindiendo de aislados aciertos, tentativas discretas y tal cual arrogancia que salvó el renombre de su autor del peligro en que la novedad de la obra incurría, las salas de pintura parecen rezagar el arte español veinte ó treinta años. Fuera del palacete de la Exposición hay una latente renovación, un ansia fecunda y una inquietud auroral. Dentro se respira á rancio, á mohó, á desván de chamarilero.

¿Por qué? ¿Quién tiene la culpa de ese aparente anquilosamiento de la pintura española? ¿Cuál es la causa de que en una época como la actual—cuando al fin se ha logrado deslindar tendencias y acatar lo que está más allá del tradicionalismo apolillado—, todavía sintamos el rubor de nuestra pintura triunfante en el Palacete del Retiro?

Si alguien versado en lo que hoy es la pintura fuera de España y dentro de España nos hiciera tales preguntas en las salas de cuadros resucitados incomprensiblemente, nosotros no sabríamos qué contestar.

Tal vez el Jurado, acaso



"Retrato", de Borrell Nicolau

el reglamento, quizás los mismos artistas.

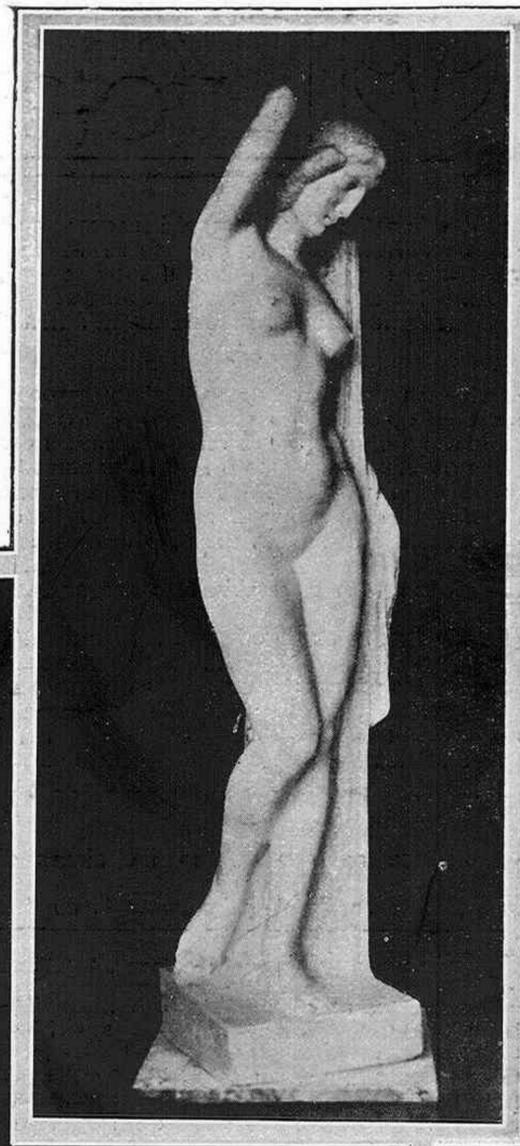
Con un reglamento inadmisiblemente por su bizca intención, con un sorteo de jurados, con la abstención unánime de las más destacadas figuras, y, por último, con un Jurado intransigente para todo lo que no esté dentro de su trayectoria espiritual, era inútil confiar en una Exposición feliz. Ni siquiera resignada.

Así ha resultado un conjunto donde hay muy pocos cuadros que tengan derecho á ostentar la fecha de 1920 debajo de la firma. Parecen del siglo XIX, de la mala pintura del siglo XIX.

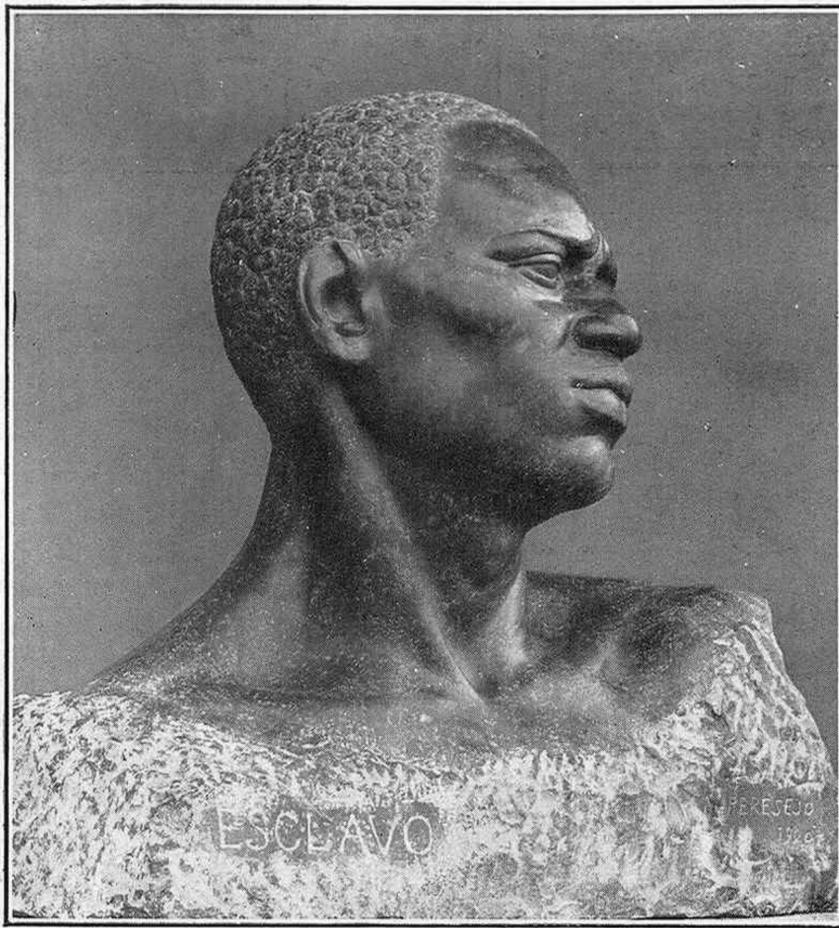
Ya sé que la pintura española no es eso que se exhibe en la Nacional. Si lo fuera habría que pensar sería-



"Valencia", de Ignacio Pinazo



"Desnudo", de José Planes



"Esclavo", de J. Peresejo



"Pensamiento", de Quintín de Torre

mente en emigrar á otros climas estéticos. Pero si pudo ser en cierto modo algo más expresiva del momento la pintura almacenada en la Nacional. El Jurado ha expulsado tal vez muchas obras bellas que adolecieran de modernidad ó de atrevimiento. Basta observar la colocación de las salas para comprenderlo. En lugares de prestigio por la costumbre hallamos colgados cuadros de una invalidez artística extraordinaria. En las salas que se llaman del «crimen», ó por lo menos de segunda categoría, hallamos alguna grata sorpresa de noble excepción.

Pero de todo ello se hablará cuando comentemos la sección de pintura.

ooo

La escultura tiene, ante todo, un sentimiento más cabal y más coetáneo de su época. Los escultores españoles ostentan aquel laudable

respeto á sí mismos que la mayoría de los pintores parece haber olvidado.

Y de tal serie de esfuerzos individuales bien encauzados surge la eficacia colectiva.

Ya se ha dicho cómo Inurria y Clará, los maestros que compiten para la medalla de honor, hablan cada uno con el acento personal y distinto.

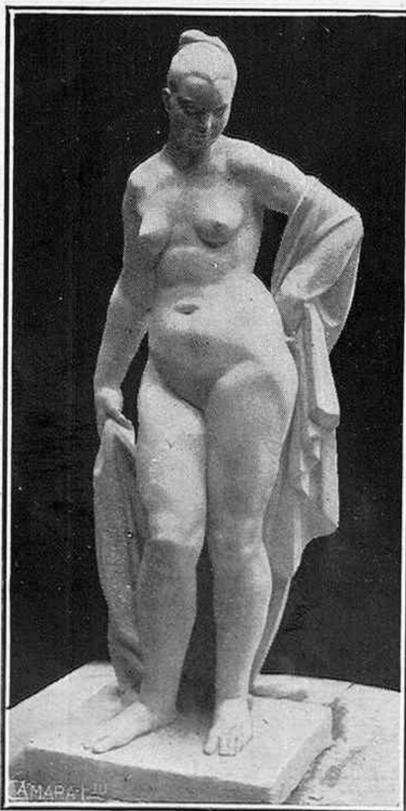
Inurria es el puro apasionado de la forma, el refinado esteta de los más profundos deliquios en la interpretación de la línea humana y su

ritmo cadencioso. Clará es un rapsoda de arcaicas normas, que empieza á mezclar en los temas antiguos el acento viril de su temperamento.

Así, el *Torso femenino*, del maestro cordobés, y la *Serenidad*, del maestro catalán, definiéndose plenamente, abren dos rutas á la juventud.

Ninguna de ellas conduce á aquel absurdo mestrovicismo—en pugna con todas las características españolas—importado por el Sr. Capuz como una lamentable adherencia de su período de pensión en Roma. Sobre alguno que otro artista aún no salido del anonimato ó condenado ya á volver á él, esta Exposición señala el olvido del mestrovicismo... á través del capucismo.

Por el contrario, encontramos el afán sobrio de la ponderación, de la normalidad proporcional; el desdén por todo lo que no sea profundizar en lo que tiene de oficio la



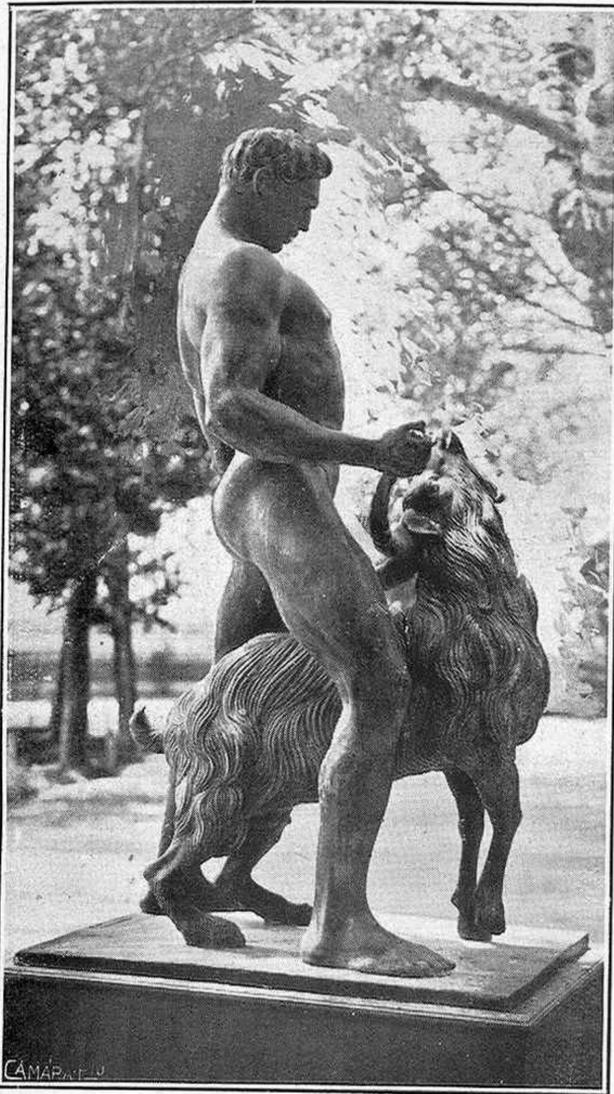
"Cadencia", de Juan Adsuara



"Amanecer", de Julio Vicent



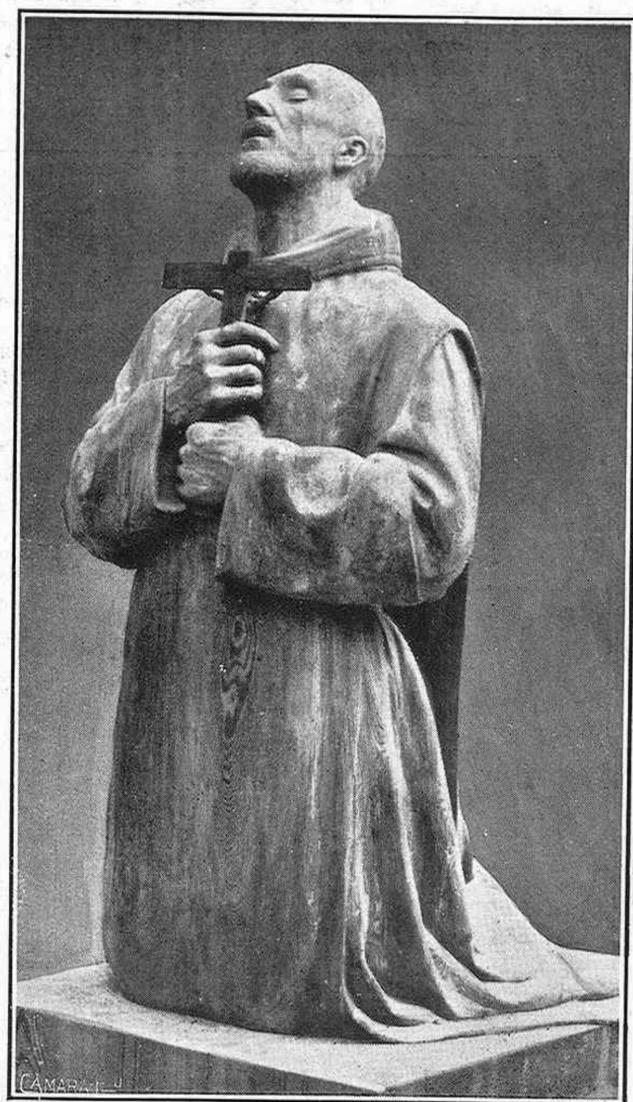
"La manzana", de José Ortells



"Monumento á Ganivet", de Juan Cristóbal



"Picariña", de Francisco Asorey



"San Juan de Dios", de Jacinto Higuera

Por primera vez Borrell Nicolau y Quintín de Torre acuden á Exposiciones Nacionales. El hecho de dos grandes escultores—catalán el uno, vasco el otro—formados y reputados fuera de Madrid ambos, que buscan la consagración oficial, es simpática y no frecuente.

escultura; la convicción, cada vez más profunda, de que las dimensiones nada tienen que ver con el valor de una obra, ni mucho menos con su elocuencia sensible.

Así, predominan en la actual Exposición las cabezas, las figuras pequeñas y, desde luego, las obras realizadas ya en materia definitiva. Debemos llegar á la abolición absoluta de la escayola. Cuando se remedie la torcida intención ó la supina ignorancia de este flamante reglamento confeccionado por la llamada Asociación de Pintores y Escultores, uno de los artículos más importantes deberá ser el que exija imprescindiblemente la presentación de las obras escultóricas en materia definitiva.

¿Cuánto más claras de resultado y más propicias á la contemplación no habrían sido, por ejemplo, el *San Juan Bautista* y *Cadencia*, de Juan Adsuara, este joven artista que acusa ya una personalidad pura y firme; el desnudo femenino de José Planes que, á pesar del fácil hallazgo formal de *La fuente*, de Ingres, con el examen rápido de algunas afroditas griegas, dice la firmeza de una orientación y el sentido íntimo de una gran sensibilidad; el *Amanecer*, de Julio Vicent, donde hay trozos como la cabeza, de una reposada nobleza estatuaria; el grupo *Valencia*, de Pinazo, bien compuesto y con una simpática arrogancia en el desnudo de la mujer; las elegiacas figuras del *Monumento á los padres*, de Eva Vázquez Díaz, que tiene derecho á sus influencias nórdicas por venir ella misma del norte brumoso de cielos y límpido de espíritus; el relieve arcaizante de Marés, que es de una severa euritmia?

Muchas de estas obras destacarían con mayor fuerza ó tendrían la máxima capacidad expresional que sus autores deseaban en ellas, menos ingrata, menos desoladora, menos volúmenes que la escayola.

En cambio, el mármol, que en estas obras son de tal modo afortunados, parecen dotar de cualidades que faltan en las escayoladas.

Y—lógicamente—la perfección técnica de las obras de Borrell Nicolau y Quintín de Torre, Jacinto Higuera, Francisco Asorey, Perdigón, y algún otro.

Nada les dañará las medallas que merecen y, en cambio, servirán estas cabezas de Borrell Nicolau y de Torre para desviar con un sentido más moderno y más apropiado las inclinaciones juveniles de los escultores todavía preocupados con el tamaño antes que con la finalidad conceptual.

Las cabezas vigorosamente serenas del catalán Borrell; las cabezas delicadísimo expresivas, de una delicadeza y sutileza extraordinarias, del vasco Quintín de Torre, son, acaso, las obras maestras del género en esta sección de escultura. Y ha de tenerse en cuenta que hay también los aciertos laudables de Juan Cristóbal, de Torre Isunza, de Marín, de Pinazo, de Perdigón, de Carmelo Vicent, de Pérez Sajo.

Juan Cristóbal, además de la cabeza femenina en mármol, expone su grupo en bronce para el monumento de Ganivet. Concebido con valentía y ejecutado con varia fortuna, es, sin embargo, una obra de mucho interés.

Juan Cristóbal tiene una juvenil impaciencia,



impetuosa, que le oculta á veces sus excepcionales dotes de escultor. Nosotros le seguimos con fe y con entusiasmo, porque sabemos que de esa juvenil impaciencia ha de salir una madurez granada y ópima.

La talla está representada por el *San Juan de Dios*, de Higuera, y la *Picariña*, de Francisco Asorey. Absolutamente distintas del concepto y de factura estas dos obras, las una momentáneamente el propósito de resucitar un arte bien español y hartó olvidado.

El *San Juan de Dios*, de Higuera, es acaso su mejor obra y, desde luego, una de las mejores de la Exposición. Tiene, además de la seguridad manual, el hálito poderoso de su idealismo.

Pocas veces hemos sentido el influjo del misticismo áspero, viril, de la religión á la usanza española como en esta figura admirable del fraile rudo y abnegado.

En cambio, *Picariña*, de Asorey, es un delicioso juguete creado con la amplitud de una obra artística.

Toda la ingenuidad del alma femenina gallega está concentrada en esa escultura, parca de dimensiones, gaya de policromado y recogida de silueta.

Helena Sorolla expone un torso y una figura de mujer, resueltos de modo firme, sin alejar la idea de una romántica riqueza sentimental. Perdigón, al lado de la cabeza de mujer, expone un desnudo demasiado obsesionado por el recuerdo de Inúrria, y demasiado sometidas ambas obras á la calidad de la materia. Pero esto, que es una crítica que merece un reproche, no atañe á esa obra que, en su sencillez, sinceramente va

OJOS DE CONDENACIÓN



OCHDA



HERMANO LOBO...

El cielo era de añil, limpio y alto, con la custodia del sol un poco inclinada hacia Poniente. Sol de oro líquido, tibio y paternal sobre la tierra húmeda y blanda, que dejaba escapar, por entre los terrones morenos y los granillos suaves, las hojas tiernas, agudas, entrelazadas y verdes de los sembrados.

Las piedras, limpias y pulidas, blanqueaban sobre la arena ocre de las acequias sin agua; blanqueaban en los cercados irregulares, de una geometría infantil, llenos de mellas; blanqueaban en las vereditas estrechas, humildes, que van y vienen en curvas y zizás, que se pierden y aparecen, y tornan á perderse tras una loma, ó entre el verde infantil de los sembrados, que se hace compacto allá á lo lejos, y es como un mar lleno de mansedumbre y de frescura.

Blanquean las casas pequeñas esparcidas por el llano verde y ocre, y blanquea la carretera entre la doble hilera de los olmos rezumantes de savia, que se alzan llenos de gravedad. Hombres en mangas de camisa trabajan su huerto, y también albea su cuerpo al compás cansado de la azada que sube y brilla bajo el sol, y se hunde y suena en la tierra al rozar una piedra, y deja en el aire un fugaz arco de estrellitas de fuego... Y entre los sembrados están los olivos, atormentados y grises, que se retuercen en un espasmo cruento; los olivos que se extienden en espaciosa hileras, y se hunden en los pequeños valles, y trepan por las pequeñas lomas, y se pierden por fin en un borrón negruzco al llegar á la Sierra. ¡Viejos olivos que recuerdan la pasión del Señor!

Y en este día, y por este campo, Bernardo pasea bajo el cielo de añil y el cuajarón del sol. Bernardo está lleno de una bondad de santo, y ama los senderos angostos que él desearía seguir hasta lo infinito, á través de todas las tierras; ama las casucas humildes llenas de recogimiento, y ama, sobre todo, á la tierra que dará el pan blanco y jugoso de mañana... Ante el paisaje sencillo se sintió lleno de una rara ternura y de un sacro amor que le hizo pensar en San Francisco: «Oh, sí. Hermano lobo y hermano cordero, hermana agua y hermana tierra... Todos hermanos, todo amor y todo serenidad.»

Por su mismo camino vió avanzar una mula cargada con ansia, sin compasión, con saña y avaricia. Detrás marchaba un labriego canturreando.

Y compadeció, amó á la mula, «tan paciente, tan resignada y, acaso, tan vieja.»

—¿Por qué la cargó tanto, hombre de Dios?

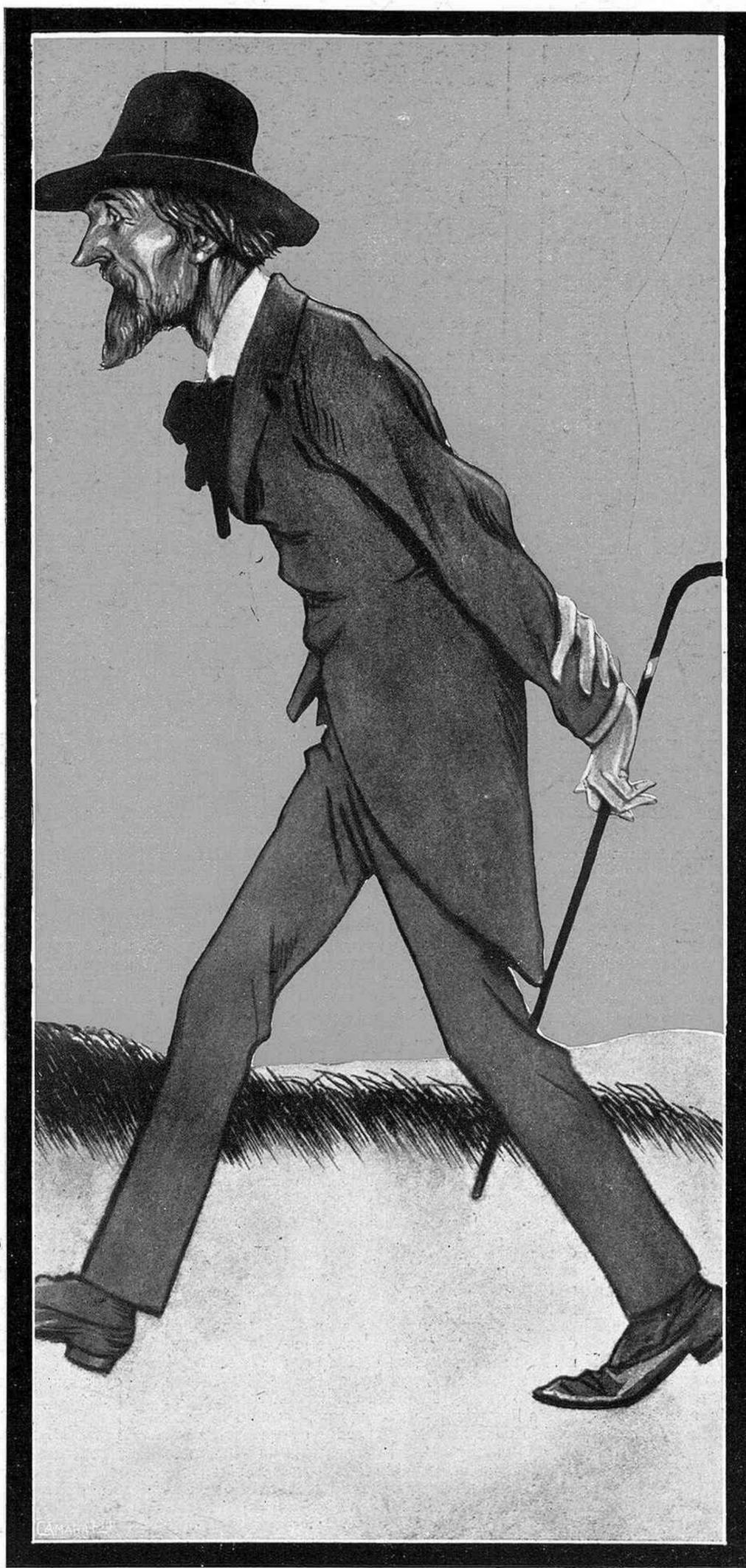
—¿Y qué hacerle, señor?

¡Para eso está!

Siguió el hombre adelante.

¡La pobre mula!... «No, no era hermana nuestra la bestia resignada, ni el animal feroz, ni... Sólo la tierra; el agua y la tierra eran hermanos nuestros.»

Se sentó sobre un ribazo lleno de fresca hierba; dejó correr los



ojos sobre el paisaje hasta llegar á la Sierra, tendida como en reposo sobre la llanura.

—Más allá está el mar— pensó—. ¡El mar!

Recordó las velas blancas de las finas goletas, y los viejos bergantines tan evocadores y tan bellos sobre aquella gloria azul del Mediterráneo.

—Porque los otros mares— pensaba — son como hechos por la industria; hechos para que los grandes barcos vayan y vengan cargados de carbón y de emigrantes.

Iba cayendo la tarde, y el cielo, sobre la línea comba del horizonte, se melaba, se enrojecía entre largos estratus.

Bernardo caminó hacia el lugar, lleno de ternura y de emoción en esta hora del crepúsculo, cuando en el pueblo se van encendiendo, como de repente, algunas luces y hay en el cielo alguna estrella que acaba de llegar de sabe Dios qué inmensos é infinitos azules.

Las calles están solitarias; sólo alguna mujer lenta por las calles empinadas; sólo algún perro vagabundo caminando en zizás, deteniéndose, olfateando, tornando á caminar con un trotecillo cansino y mecánico.

Al llegar á la Glorieta—minúsculo jardín—percibió el perfume de las acacias.

Jugaban los niños, correteando, entre risas; paseaban, prendidas del brazo, unas lindas muchachas, y el agua del surtidor brillaba bajo las bombillas eléctricas como un cayo de plata.

—Los niños juegan y las muchachas hilan un sueño de juventud—pensó—. Esto sí que es fraternal y conmovedor.

Pero un niño arrancó á otro su pelota y le pegó con rabia.

Lloraba el despojado, mientras el fuerte corría riendo, enseñando desde lejos la pintada pelota.

—El niño es malo—se dijo—. Ya es malo.

Las muchachas pasaron por su lado; hablaban con saña de otra que estrenaba un vestido.

—Señor, Señor, no encontraré hoy un poco de amor sobre la tierra...

Bernardo, el buen Bernardo, dejó el jardín.

Pensaba:

—Para que haya amor; para que todo sea dulce y fraterno, sobra el hombre. Así, no somos más que la equivocación de un Dios bueno que ya no se ha atrevido á exterminarnos.

La luna surgió toda empolvada tras los tejados nedros. El buen Bernardo la contempló un momento, y ya, definitivamente desconsolado, entró en su casa.

Y se puso á escribir:

«... Le advierto que si no paga, como me prometió, me veré obligado á embargarle la casa...»

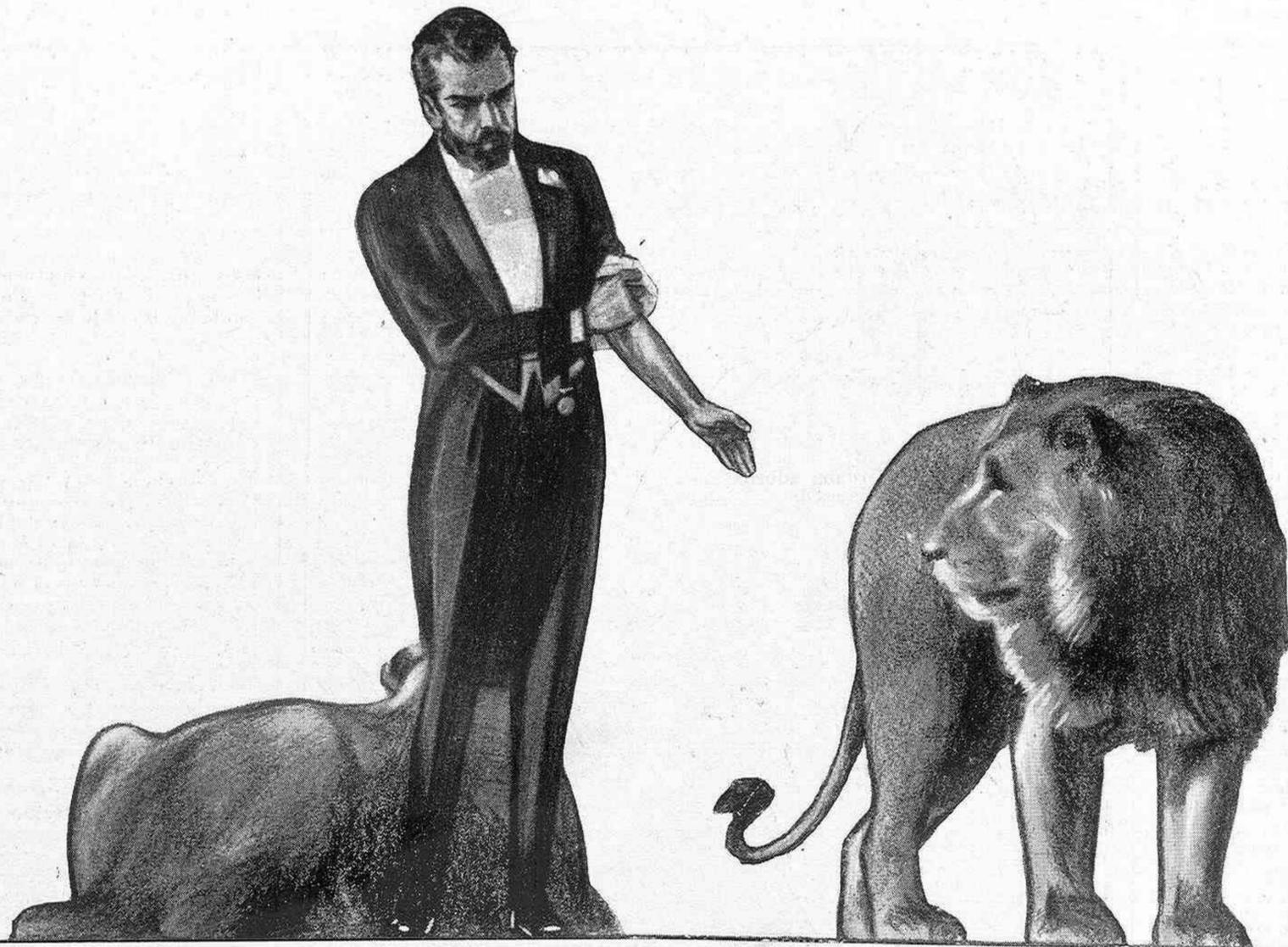
Hermano lobo, hermano cordero, hermana agua...

DIBUJO DE ECHEA

F. MARTÍNEZ-CORBALÁN

Cuentos de
"LA ESFERA"

BRUCK "EL TEMERARIO"



Por qué era desgraciada? No lo sabía. Su marido era bueno, trabajador, honrado, cariñoso; se casó con él por verdadera gratitud. Cuando quedó huérfana y desamparada, él, que no se había atrevido á galantearla cuando la vió dichosa, llena de hermosura y de vanagloria, se apresuró á ofrecerle su nombre y su modesta posición de contable en la casa de banca de Pérez Arriola. Era, á la sazón, un muchacho sano, fuerte, de hermoso rostro y gallarda presencia, que únicamente tenía un defecto: el de ser demasiado tímido. Huérfano también desde edad temprana, había consagrado toda su vida al trabajo, y la adversidad había impreso en su rostro un sello de resignación afable que, para otro temperamento menos ensoñador que el de Aurora, no hubiera sido el menor de sus atractivos. Desde el primer día se mostró con ella sumiso, obediente, demasiado obediente. Pasaba el día en la oficina, excepto á la hora de comer, en que venía á casa sonriente, con su aire bonachón, incapaz de maldad, pero también de realizar ninguna resonante hazaña; sus mimos, sus agasajos, sus caricias, parecían á Aurora de una vulgaridad aplastante; hubiera dado cualquier cosa por que se enfadase alguna vez, por que echase á rodar los muebles, la injuriase, hiciese, en fin, algo que demostrase sus varoniles ímpetus. Tanto más le desagradaba la mansedumbre de Rafael, cuanto aquel bienaventurado, que llevaba nombre de arcángel, era un mocetón alto, vigoroso y nada afeminado, que no era tímido por debilidad, sino por vulgaridad supina, sin duda. Había nacido para ser un buen padre de familia burgués, un Filemón honrado, un digno personaje de Goldsmith, de Florián y de *Las tardes de la granja*, capaz de soliviantar los nervios de cualquier espectadora de películas.

El semblante de Rafael no se nublaba sino cuando la pequeñuela Charito, su única hija, se mostraba, lo que era muy frecuente, débil y enfermiza. A los cuatro años Charito carecía de completa salud y, por de contado, de la alegría de las demás niñas de su edad; parecía, además, haber heredado el carácter melancólico y soñador de su madre. Rafael se desvivía por acari-

ciarla, y la niña recibía también sus mimos con despego, como si supiera también que su padre no era ningún protagonista de novela, capaz de idealizar la paternidad con un rasgo bello legendario, ni el amor á su madre con un gesto inspirado, romántico. Estaba propensa á la enfermedad, y el médico les había dicho que para el año próximo sería absolutamente preciso que la llevaran al campo, en donde el sol y el aire libre pudieran favorecer su desarrollo.

Esto planteó un problema de solución harto difícil. Rafael no gastaba fuera de casa un solo céntimo; entregaba íntegro su sueldo á su mujer, y justo es declarar que ésta lo invertía económica y prudentemente; pero enviar en el verano á la madre y á la niña al campo había de ser muy costoso. Rafael declaró que buscaría un trabajo extraordinario, y al cabo de dos meses de vanas gestiones, dijo que había encontrado una colocación nocturna excelentemente retribuida. Se trataba de realizar un penoso y largo balance en una sociedad en liquidación que, una vez concluido, le valdría una cantidad considerable, bastante á cubrir todos los gastos extraordinarios que ocasionar pudiera el cuidado de la pequeñuela.

Las ausencias nocturnas de Rafael acabaron de hacer más aburrida y triste la vida de Aurora. Decididamente, su espíritu era muy superior á la existencia vulgarísima que arrastraba. Comprendió que su desdicha era irremediable y que nunca llegaría á querer con pasión á un hombre nacido para la vida humilde y cuyos horizontes eran tan limitados. Su alma sentía un gran vacío dramático. Hubiera sido feliz casada con un aventurero, con un soldado, con un descubridor, con cualquiera menos bueno y cariñoso que Rafael, pero más valeroso y emprendedor; con alguien que se pareciera á los héroes de aquellas hermosas narraciones que leía en casa de sus padres, en sus buenos tiempos de ambición y de ensueño, á aquellos personajes arriesgados, cuyas aventuras admiraba en el cinematógrafo las noches que su cariñosa vecina Anita la llevaba, invitada con la pequeñuela, al «Nuevo Partenón». Acabó por mirar á Rafael con no disimulado desprecio. ¿Cómo había podido unir su suerte á

la de aquel bello gigante de manteca, que comía con un apetito insultante, sonreía á todo, se humillaba ante ella, como si su papel de marido consistiera en doblegarse, ruborizado, á su voluntad y la entregaba todo su haber, sin faltar un céntimo, temeroso de una reprobación, como un apocado escolar? A veces hubiera querido que le hubiera traído dinero de menos, que hubiera faltado una noche, que hubiera cometido alguna ligera fechoría, para saber que era un hombre como los demás, con voluntad propia, con agallas. Más de una vez llegó á buscar con él disputa, pero fué empeño inútil: el infeliz á todo accedía; sonreía con su ingenuidad irritante, y la devolvía caricias por despegos y atenciones por impertinencias.

Y así llegó á lo más peligroso para una mujer: á la idea de que su marido no merecía ni cariño ni estimación, y que acaso no tenía perfecto derecho á la fidelidad.

ooo

Fué entonces precisamente cuando sorprendió al público del circo, con su portentoso denuedo, el conde Bruck *el Temerario*. Era un hombre en el esplendor de la vida, de figura arrogante, brillantes pupilas y barba rizada. Luego que el famoso domador Saint Marcel obligaba á sus tres espantables leones á dar vueltas á su alrededor, armado de tridente y revólver, único ejercicio que le era posible realizar con las salvajes fieras, salía de la jaula, á cuyos barrotes se arrojaban éstas, rugientes y feroces, con sobrecogedora iracundia. En aquel momento, aparecía en el tablado Bruck *el Temerario*, vestido elegantemente de frac, con su barba florida, su brillante monóculo y su sonrisa aristocrática. Fria, serenamente, sin perder su aplomo, entraba en la jaula, como podía entrar en un salón mundano; al verlo con su pechera nítida, única salvaguardia de su pecho robusto y juvenil, las fieras lanzaban rugidos de cólera, capaces de hacer temblar al más valeroso Nemrod; él entonces se adelantaba hacia el león más iracundo, y éste retrocedía, sorprendido de tamaña audacia; Bruck le pasaba la mano por el lomo y el felino abría su boca monstruosa, dispuesto á

PENAGO

devorarlo; y mostrando, al sonreír, dos filas de dientes blancos y parejos, *el Temerario* subía la manga de su frac, alzaba su fina camisa de batista e introducía su antebrazo desnudo en la terrible boca del león. Era aquel un momento de emoción horrible en el público. La fiera, subyugada, permanecía inmóvil, y por fin Bruck se retiraba triunfador, mientras las tres fieras rugían, sordamente, de rabia y de impotencia.

La noche que Aurora fué al circo, invitada por su vecina Anita, sintió en su corazón algo como un tardío, pero definitivo llamamiento. Se sintió esclavizada ante el domador, ni más ni menos que si fuera uno de aquellos miserables leones; se hubiera postrado á sus pies, de rodillas, y le hubiera ofrecido su veneración, su cariño, su honor, su vida; comprendió que desde aquel momento sería suya, fatal, irremisiblemente; que más pronto ó más tarde, de una manera ú otra, acabaría por caer en sus brazos. ¡Qué diferencia entre aquel héroe, á quien creía haber visto en alguna parte, digno, noble, despreciador de la vida, y el pobre Rafael, vulgar, infantil, rasurado como un seminarista, sin voluntad, verdadero abúlico, que en aquellos momentos ejercitaba sus menguados arrestos con las mercaderías y las cuentas en participación! Ante el recuerdo de su apocamiento, de su perpetua condescendencia, de su vida ordinaria y metódica, no pudo reprimir una sonrisa de lástima. Entrevió á sus pies el abismo, y mucho antes de llegar la ocasión de caer en él, ya se encontró eximiente. ¿Qué culpa tenía ella de no ser comprendida, de vivir en un universo espiritual diferente al del contable de Pérez Arriola? No basta ser bueno; es necesario saber hacerse amar.

Durante una semana, Aurora encontró siempre pretexto para comprometer á su vecina Anita para que la llevase al circo. Agotada su persuasión, no vaciló en dejar en casa á la niña dormida, á la hora en que sabía que Bruck se presentaba en el escenario, para comprar un asiento de galería y dar rienda suelta á su admiración y á su ciega pasión insensata. Luego volvía apresuradamente á esperar á Rafael, que tornaba de la oficina medio adormilado, con la cabeza llena de números, á dormir como un tronco, con aquella cara de santo varón que le producía ya repulsión y desasosiego. ¿Cómo hay tan grande diferencia entre unos hombres y otros hombres? Poco á poco se fué decidiendo el paso terrible que había de precipitarla en la deshonra.

Estaba decidida; su pasión era mucho más fuerte que su deber.

Una noche llegó al circo resuelta á hacer la gran locura: llevaba en el bolsillo una carta para el domador, pidiéndole una entrevista y rogándole que le remitiese la contestación á un número en la lista de Correos. Esperaba impaciente el fin de la función para dar el billete, con el sobre dirigido á Bruck, en la contaduría del circo. Llegó el número emocionante. Como todas las noches, *el Temerario* apareció esbelto, sonriente, triunfal; entró en la jaula y se adelantó hacia el león más díscolo; éste lanzó un rugido salvaje, feroz, epiléptico, y antes de que Bruck pudiera darse de ello cuenta, se arrojó, de un salto, sobre él, lo derribó por tierra y clavó una feroz dentellada en su brazo desnudo.

El público, unánime, se puso en pie y lanzó un grito prolongado de horror. Inmediatamente el viejo Saint Marcel y sus criados arrastraron con largos ganchos, fuera de la jaula, el cuerpo exánime de Bruck. Aurora se sintió desvanecer; su primer impulso fué entrar á saber lo que había sido de su ídolo; pero luego se operó en ella un cambio inexperado y brusco. Excitada su sensibilidad y puestas en juego facultades que antes guardaba adormecidas, midió de pronto todo el alcance de su ceguera y toda la extensión de su culpa, y sintió una profunda compasión, ¡quién lo diría!, no por *el Temerario*, sino por Rafael, su esposo, burlado, ultrajado sin culpa, ignorante de que, á no impedirlo una impensada catástrofe, hubiera recibido en su corazón una herida sangrienta, tal vez más incurable que la inferida por las fieras al domador.

Ya no pensó sino en restituirse á su hogar para besar á su hija dormida, víctima inmaculada, sobre la cual hubieran recaído también las consecuencias de su traición, y en esperar á Rafael y mostrarse con él mucho más cariñosa que nunca y, seguramente, por primera vez, apasionadísima.

ooo

A las dos de la madrugada aún no había regresado á su casa Rafael. La angustia de Aurora fué mortal; llegó á creer que la esperaba una gran desgracia y que la Providencia se la enviaba como expiación de su delito. Procuraba tranquilizarse diciéndose que acaso su marido había sentido por primera vez el capricho de hacer una calaverada y de divertirse á deshora; pero esta suposición, lejos de calmarla, la hirió

muy hondo. Se sentía nueva, transformada, y sabía ya lo que eran celos. Aturdida, casi desesperada, sintió llamar á la puerta cerca de las tres.

Recibió una terrible conmoción que á poco la hizo rodar por tierra: dos hombres traían á Rafael herido, y aunque desde el primer momento dieron su palabra de honor de que la herida era relativamente leve, la palidez del pobre contable la hizo sospechar que la lesión era de algún cuidado.

Una vez acostado Rafael, quien procuró tranquilizar á Aurora, ésta se informó por él de lo ocurrido. Su sorpresa no tuvo límites; Rafael había sido herido en el circo por un león. Con voz trémula se lo confesó á su mujer: él era Bruck *el Temerario*.

Siguió la explicación en voz balbuciente. Amigo del domador, Rafael, deseoso de ganar dinero para atender al restablecimiento de la pequeña Charito, y sabedor de que Saint Marcel, falto por su edad del suficiente aplomo para realizar ciertos ejercicios, necesitaba un cooperador que, por su presencia, fuera bien recibido del público, probó á entrar en la jaula y se convenció de que todo era cuestión de valor, dominio de sí mismo y rapidez en los movimientos. Unas cuantas lecciones de Saint Marcel le pusieron en condiciones de afrontar el peligro. Una barba postiza le desfiguró lo suficiente para no ser reconocido por sus amigos y sus compañeros.

Acabada la explicación, la fatiga de Rafael era tan grande que, conmovida Aurora, creyó necesario dar por terminada la conversación para dar descanso al enfermo.

Sin embargo, no pudo menos de hacerle una postrera y muy interesante pregunta.

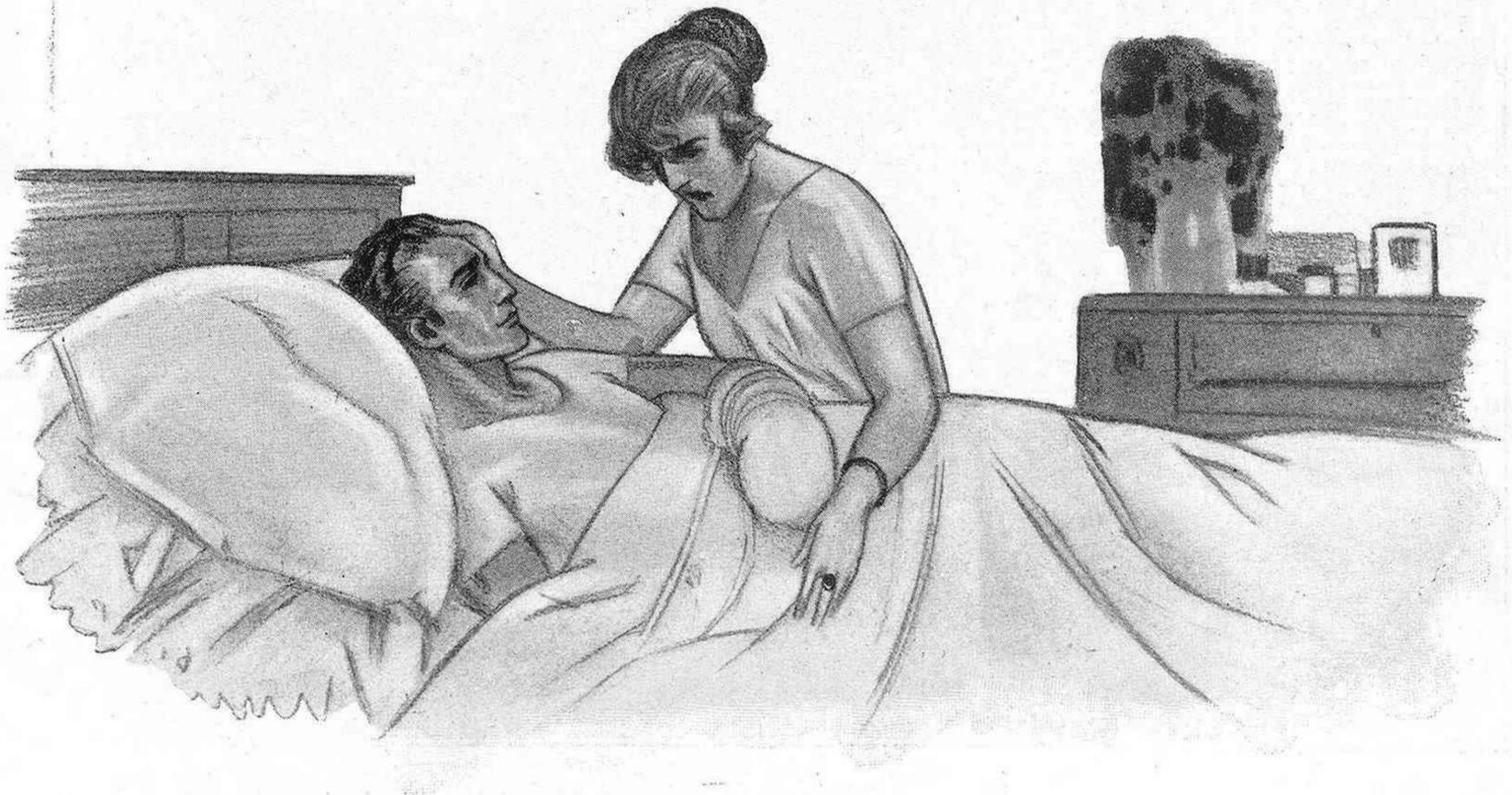
—Eres demasiado bueno—dijo—, querido Rafael, y bien sabe Dios que no he merecido tanto sacrificio; pero, dime: ¿por qué me ocultaste tu determinación y tu admirable y generoso heroísmo?

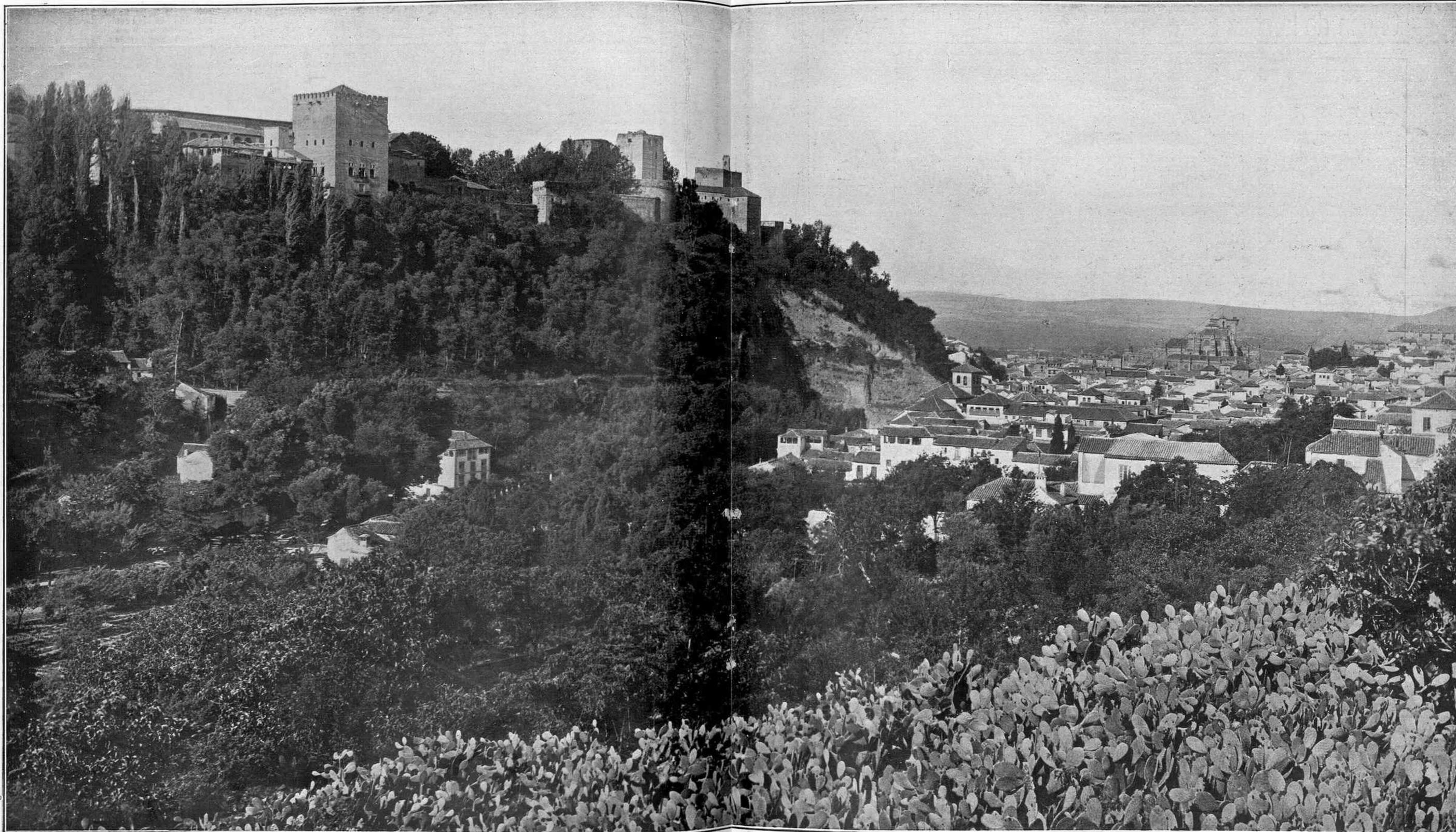
—No me decidí á que lo supieras—contestó Rafael, ruborizándose como un adolescente— por miedo á parecerte ridículo...

Aurora le puso la mano en la frente, y á poco él se durmió, reflejando, por fin, el sosiego en aquella cara de bienaventurado, amante de la dulce quietud é incapaz de llevar á cabo proeza injustificada alguna.

ANTONIO ZOZAYA

DIBUJOS DE PENAGOS





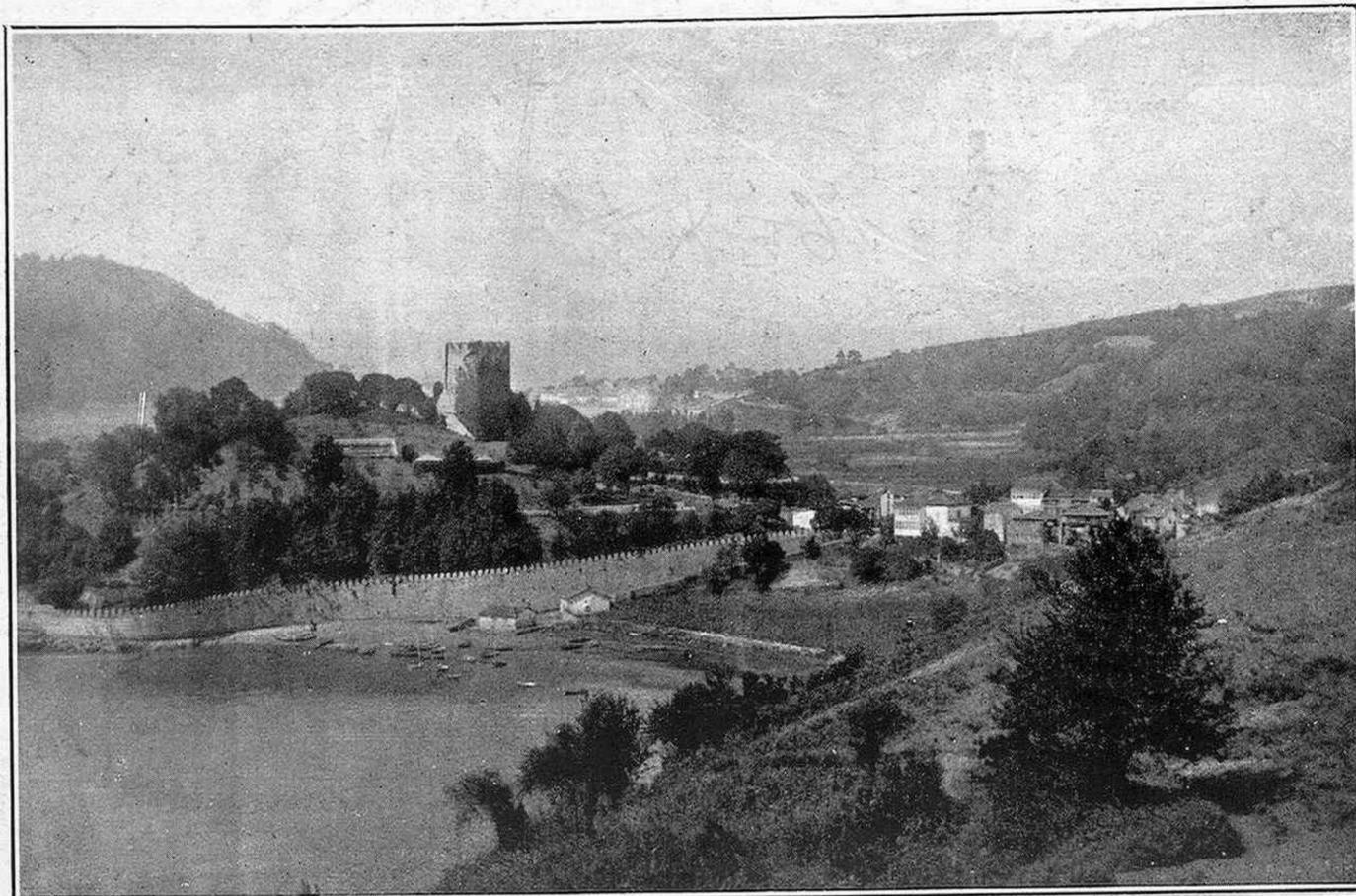
Granada.—Vista de la Alhambra y la ciudad, desde el barrio gitano

Fot. Torres Molina

Uno de los más hermosos panoramas que ofrece Granada, y del que jamás se sacia la vista, es el de la Alhambra y la ciudad desde las alturas del Albaicín. En la adjunta fotografía puede apreciarse perfectamente no sólo las líneas principales del recinto que constituía la principal fortaleza de la ciudad moruna, sino la vasta extensión de la urbe moderna, á la que el entrañable cariño de los granadinos va dotando de incesantes mejoramientos y perfecciones.

TEÓFILO
BIBLIOTECA
MADRID

Origen de la casa solariega en Asturias y Cantabria



Antiguo castillo de San Martín de la Arena, de Pravia (Asturias)

Las ideas democráticas de la sociedad actual han restado mucho á la importancia que se daba en la Edad Media y parte de la Moderna, á todo aquello que hablara de la nobleza y cuna de los que fueron nuestros progenitores.

Después que la triunfante España padeció el total de su pérdida en tiempos de D. Rodrigo, último Rey visigodo, en la que pereció lo más florido de la nobleza goda, los pocos que habían quedado, no pudiendo resistir á la furia del enemigo, se retiraron á las más fragosas montañas, buscando asilo en sus intrincadas malezas, concurriendo los más de ellos á las de Canta-

bria y Asturias, donde en estas últimas, y acaudillados por D. Pelayo, empezaba siete años más tarde uno de los períodos más gloriosos de nuestra historia: el de la Reconquista.

De aquí, que el primitivo origen de la casa solar radicase en estas montañas; pues aquellos héroes que se cubrieron de gloria y cuyas hazañas merecían cantos de gesta, con el tiempo se perdía la memoria de todos estos hechos, y así sus descendientes, para evitar esto, introdujeron algo que perpetuase y conservase indeleble el recuerdo de aquellos próceres, y esto fué la casa ó solar en que vivieron.

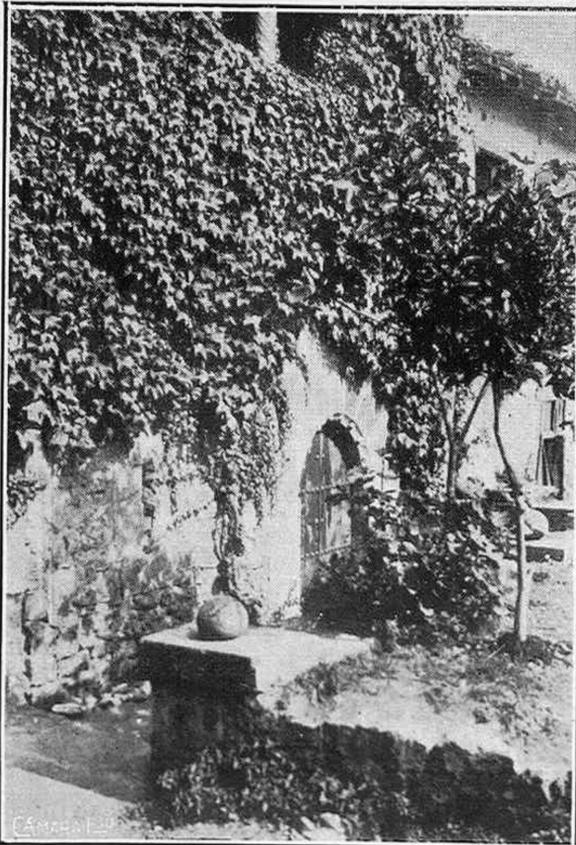
Las palabras Casa y Solar, son muy antiguas; Cicerón, hablando de la nobleza de Eraclio Siracusano, usa ya de ellas, pues decía que era hombre cuya nobleza dimanaba de las primeras casas. Ya Alfonso X, en las *Partidas*, trata de estos solares, y se ve lo muy respetados que eran en aquellos tiempos; pues hay una ley que dice que no tenía el Rey en ellos *otro derecho ninguno, sinon tan solamente moneda*.

En la provincia de Santander y en Asturias se conservan todavía algunas casas solariegas y castillos casi derruidos por la acción del tiempo, que, ostentando blasonados escudos, proclaman la noble estirpe de los que fueron sus moradores; pues como dice Sota, levantar torre alta y fuerte no era lícito á los del estado llano, aunque fuesen muy ricos, sino solamente á los nobles de notoria hidalguía en sus propios solares, porque tales casas eran insignias de nobleza y sobresalían de las de la plebe, que no podían exceder de siete codos en alto.

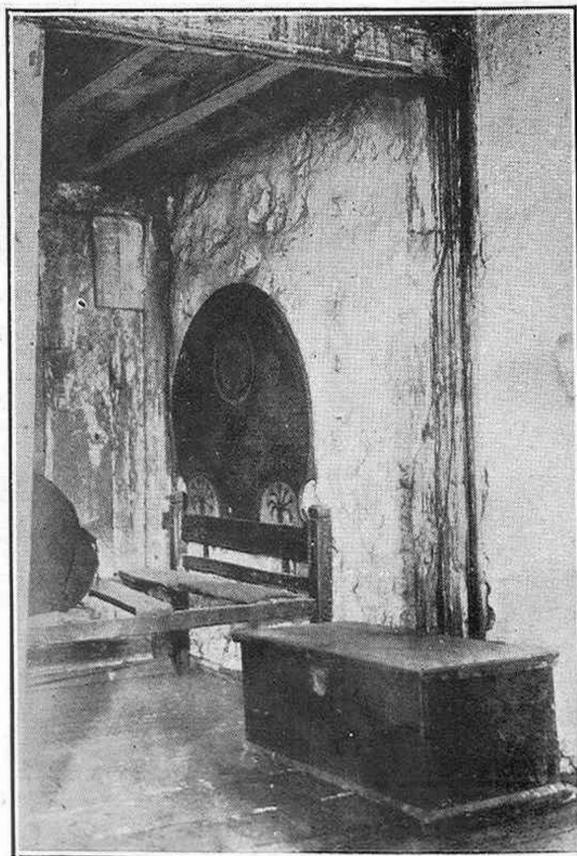
Pocos sitios habrá en España que ofrezcan un aspecto tan pintoresco como el lugar en que se asienta el castillo de La Arena de Pravia. Situado en la margen derecha del Nalón, uno de los ríos más caudalosos de Asturias, y á poco más de dos kilómetros de San Esteban de Pravia, Corte que fué en tiempos de Silo y Mauregato, se alza erguida su torre, de forma cuadrilonga y almenada, que, con una parte de lo que fué recinto, hace ostentación de su pasado prestigio.

Perteneció en tiempos, y fueron alcaides y castellanos de él, los señores de la Casa de Miranda, de la cual dice Salazar en la genealogía que hace de esta familia, que eran descendientes del conde D. Pedro Alonso de Miranda, conde de Tineo y de Babia, que estuvo casado con D.^a María Froilán, descendiente del Rey Don

Fruela de León, como así fué descendiente el conde D. Pedro Alonso de Miranda del Rey D. Bermudo II de León. Esta familia tuvo en encomienda y fueron señores de otros muchos castillos en el Principado de Asturias, y así lo fueron del castillo de Lodon, del castillo fuerte de Coalla, de donde traen su origen los marqueses de Miranda de Asta; del castillo ó torre de San Salvador de Alesga, donde moraron mucho tiempo los señores antiguos de esta casa. Este castillo es muy fuerte por naturaleza, y, aunque en ruinas, se conservan restos de él. Se componía de dos torres muy fuertes con su mu-



Puerta que se abre á la corralada de la casa que fué del marqués de Santillana



Auténtica cama del sig'o XV, que se conserva en la casa que perteneció al marqués de Santillana

ralla y plaza de armas, en las que cabían mil hombres. Se encuentra situado muy estratégicamente sobre una pequeña montaña en la estribación de la gran peña de Sovia, que forma el límite del concejo de Quirós con el de Teverga, y en cuya colegiata, fundada por la condesa Aldoncia en el siglo XI, se encuentran sepultados muchos descendientes de esta familia, entre ellos el obispo que fué de Teruel D. Pedro Ansaldo de Miranda, el cual fué inquisidor en Santiago en 1717, y en el 1722 ya aparece como obispo de Teruel.

El escudo de armas de esta colegiata es el mismo que usaba esta familia, y que se ve sobre las portaladas de varias casas señoriales de aquel Principado, y cuyo origen se remonta al año 772, en que, después de la muerte del Rey D. Fruela, padre del Rey D. Alfonso I *el Casto*, se apoderaron del reino sus tíos Aurelio y Mauregato por espacio de doce años, en uno de los cuales sucedió que, yendo de romería á Santiago Menen Alonso de Miranda, y cerca de Viñeras del Río Sil, se encontró con los moros que llevaban al Rey de Córdoba el tributo de las doncellas que Mauregato les había concedido. Parece ser que Cangas y Tineo tenían que entregar cinco doncellas hijasdalgo, que fué las que libertó en reñida pelea de manos de los moros, las cuales llevó al Rey Don Alfonso, que se hallaba retirado en el convento de Samos, Orden de San Benito, por cuyo hecho le concedió por armas los cinco bustos de doncellas que hoy usan en sus blasones, y á los que posteriormente agregaron cinco veneras de Santiago, por haberlas ganado Diego Alonso de Miranda en la batalla de Clavijo, siendo capitán de los asturianos.

Escudo de la Casa de los Cueto (Santander)



Casa señorial en Santillana del Mar



El león coronado que usan como timbre con dos serpientes orlando el escudo, desde el año de 1391, fué por el casamiento de Diego de Miranda, nieto de Fernán Alonso de Miranda y biznieto de los condes de Lemos, con doña Leonor Ponce, hija de D. Rodrigo Ponce de Marchena y hermana de D. Fernán Pérez Ponce Merino, caballero de Alcántara.

El origen de los escudos es muy antiguo; ya los griegos los usaban cuando vinieron á la guerra de Troya. En

España, los primitivos Príncipes de Asturias y Cantabria tenían como divisa la cruz que ostentaron hasta el año 138, en que empezaron á usar los lobos en sus banderas; mas á pesar de esto, no olvidaron su antiguo blasón, y así D. Pelayo tuvo por armas una cruz de plata sobre campo azul.

Posteriormente los Reyes empezaron á conceder armas á los caballeros que más se distinguían en aquellas gloriosas empresas de la Reconquista, conservando después cada familia sus blasones, como timbre de nobleza que recordaban y tenía latente á aquellos que las merecieron.

En el siglo XIV fué cuando gozó de mayor número de privilegios la nobleza, debido á Don Enrique II, primero de la dinastía de los Trastámara, que no teniendo muy seguro el cetro que muchos le disputaban, entre ellos el duque de Lancaster, en nombre de su mujer, como hija que era de D. Pedro I, á quien él había usurpado el trono. Para conjurar tales peligros y congraciarse con los nobles, les otorgó una serie de concesiones y gracias que le merecieron recibir el sobrenombre del *el de Mercedes*, y á la centuria en que él vivió, la edad de oro del blasón.



Casa que fué de D. Íñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana, en Santillana (Santander)

ALBERTO JOSÉ GORDO



EL TRAJE BLANCO

Tú puedes decir lo que quieras; pero ese hombre es un ser nebuloso, rodeado de misterio. Hace tres meses se nos presentó sumamente tronado; disimulaba la ruindad del traje y de las botas á fuerza de cepillo. Nadie conoce á su familia; y si no fuese porque á la legua se ve que es una persona educada, yo no hubiera consentido que nos visitase. A pesar de todo, es necesario que nos visitase. Desde el mes pasado se presenta hecho un figurín; te obsequia con lindos ramos de flores y espléndidas cajas de dulces; te regala joyas y trajes. La pulsera de pedida es de bastante precio... Hay que enterarse, Lupita; hay que enterarse y ponerlo todo en claro, pues aún es tiempo.

—Mira, mamáita: deja las cosas como están, yo te lo suplico; no quieras despejar incógnitas que, en el fondo, sólo á mí me interesan.

—Y á tu madre también! ¡Pues no faltaba otra cosa! Dar sin más ni más una hija al primer aventurero que se presente.

Guadalupe se levantó indignada; cogió una sillita de costura, y fué á sentarse entre las rodillas de doña Agustina.

—Deshazme la boda, ¡anda!, desházme... Tiempo hay para esperar á que venga un príncipe ruso... Al fin y al cabo, ¡soy joven!; tengo sólo... treinta y seis años. ¡Una tobillera monísima y llena de ilusiones! — De pronto, exaltándose, dejó la ironía y dijo amargamente:—¿Sabes lo que significa para mí esta pulsera? Pues significa el logro de mis afanes, el sueño de veinte años. ¡Si tú supieras, mamá, lo que ha sufrido tu infeliz hija, las angustias mortales que pasó! Yo vi que todas mis amigas se casaban, una tras otra; las ayudé á vestir el blanco traje nupcial; advertí que palpitaban de emoción mientras yo las ponía sus galas. Al principio sólo tuve unos poquitos celos; pero con los años, que

al pasar, ¡tan fríos para mí!, se llevaban mis esperanzas, aquellos celos se convertían primero en rabia sorda, después en mortales angustias, y por último, en una envidia horrible. ¡Sí!, á veces llegué á sentirme criminal. Cuando los despedía en la estación, al ver á los novios que, asomados á la ventanilla del coche, nos decían adiós, rebotantes de felicidad, yo imaginaba: «Si me valiera ponerme debajo de la máquina para que descarrilara el tren y murieran destrozados, ¡ahora mismo lo haría!...» Ya lo ves, mamá: ¡yo, que soy incapaz de matar un pollo, aunque me muera de hambre! Y así, á través de mi vida, he asistido á bodas... ¡y á segundas bodas!; pues recordarás, mamá, que alguna se quedó viuda y volvimos á casarla. Entretanto, yo, siempre olvidada, ¡nadie se fijó en la pobre Guadalupe!... Empezaron las patas de gallo... las canas... una delgadez marchita... ¡y el corazón tan joven como á los veinte años!

Murió mi madrina dejándome un millón de

pesetas. Un día, detrás de una cortina oí decir á la generala Aranz: «Ahora encontrará novio Lupita; ya lo veréis.» ¡No quise oír más! ¡Para qué!...

Y, efectivamente, antes del año la generala nos visitó y me dijo: «El otro día, en el teatro, se fijó en ti un buen muchacho, hijo de una excelente familia venida á menos, y creo que le has interesado. Tiene arrogante figura; es algo más joven que tú; pero eso no importa, porque tú... eres muy niña.

Cuando me lo presentó comprendí sus elogios: era verdaderamente guapo, educado y joven. ¡Nunca lo imaginé tan atractivo en mis sueños!

¡Y cuando voy á entrar en la gloria soñada; cuando voy á lucir el velo y el traje que tanto envidié á las otras, me dices tranquilamente: «Entérennos de dónde viene, de lo que han sido su abuelo y su padre!»

¡Qué me importa á mí todo eso!; ¡qué me importa de dónde viene!; ¡Le quiero, sea quien sea y venga de donde venga!

Suspiró doña Agustina y besó con cariño á su hija.

Una doncella anunció al señorito Rafael; Lupita se levantó presurosa, y ante el espejo arregló muy de prisa los ricitos que adornaban su frente; dió á su rostro expresión de alegría, y esperó ansiosa la entrada del novio.

Rafael Saavedra tendría unos treinta y tres años; de regular estatura, elegantemente vestido, sin afectación; sus facciones eran correctas y simpática su sonrisa. En resumen: reunía cuantos atractivos bastan á ciertas infelices mujercitas para volverse locas.

Saludó muy cortés, besó la mano á doña Agustina y estrechó con cariño la de Lupe. Hablaron de todo lo referente á la boda, y, por fin, la madre cogió un libro y se puso á leer muy cerca de la chimenea; los novios empezaron, bajito, el eterno dúo de amor.

—¿Saliste esta mañana, nenita?

—Sí, fui de compras; encargué para ti en la joyería una cosa que no te la quiero decir hasta que la veas. ¡Te gustará más, Tete mía! Gracias por tus flores. Mira: había en el ramo una camelia roja, muy linda; la tengo entre algodón en rama dentro de una cajita; la quiero conservar siempre. También fuimos á probarme el traje; ya está casi terminado. No viste cosa más ideal en tu vida. Los encajes son legítimos... Te vas á lucir con tu regalo...

—Nena, por Dios, ¡no me avergüences!

—¡Calla, tontín!, si eso nadie lo sabe en el mundo más que tú y yo. Ni mi madre siquiera. Cuando heredé pusimos toda la fortuna á mi nombre, así es que puedo hacer de ella lo que me dé la gana. Por añadidura, desde hace mucho tiempo mamá no se ocupa de nada; yo administro también su dinero; nunca me pide cuentas.

Las veinte mil pesetas del mes pasado eran mis ahorrillos; mañana te daré un cheque para el Banco; y no hablemos ya de esto, te lo suplico. Todo lo de tu Lupe es tuyo. A mí dame cariño, ¡dame amor!, y así me pagas con creces las miserias que yo te puedo adelantar de aquello que te ha de pertenecer en absoluto muy pronto.

Doña Agustina había dejado caer el libro sobre sus rodillas y dormía apoyada en el respaldo del sillón.

Los leños de la chimenea se consumían lentamente. Rafael cogió con mucha suavidad las manos de Lupe, se inclinó hacia ella y la besó en la boca.

—¡Tete de mi alma! — dijo la novia con voz emocionada, en la que vibró un amor infinito—.

cabeza por una sencilla corona de azahar. Llevaba en la mano un precioso ramo de las mismas flores.

Doña Agustina lucía un rico traje de terciopelo negro, soberbia mantilla de blonda y espléndidas joyas.

Entraron en la sala, rebosante de invitados; acercóse Lupita á su madre y preguntó bajito: —¿Estoy bien, mamá?

—Encantadora, hija mía... Te has rejuvenecido. Parece que tienes veinte años.

Lupita suspiró.

Pasaba el tiempo; se acercaba la hora, y el novio no comparecía. La cara de Guadalupe íbase poniendo del color del vestido... Las amigas cuchicheaban en los rincones...

La boda era para las diez. Dieron las once.

Todos, impacientes, miraron el reloj; ¡y el novio sin venir!

Entró de pronto un criado, portador de una carta; la novia la cogió, medio muerta, y la faltó valor para abrirla.

Una amiga cariñosa que estaba junto á ella rompió el sobre, y en voz alta leyó lo siguiente:

«Guadalupe: Me faltan fuerzas para realizar la infamia que proyecté. Tengo tres hijos de una mujer á quien amo. Para librarlos de la miseria pensé casarme contigo; pero eres tan buena, que no me decido á engañarte. Con los miles de pesetas que me diste saldremos todos para Méjico. Allí estoy seguro de rehacer mi vida trabajando y economizar lo posible para devolverte esa cantidad. Te pide perdón, de rodillas, Rafael.»

Desfilaron silenciosos los invitados, y dos piadosas amiguitas empezaron á despojar de las blancas galas á la infeliz novia, que con los ojos secos, sin la menor protesta, las dejaba hacer. La pobre anciana lloraba.

—¿Dónde ponemos... esto, Lupita?

—Dejadlo en cualquier parte... ¡Pronto volveréis á vestirme de blanco! — dijo con amargura la desdichada.

ooo

El médico esperaba afanosamente los efectos de la nueva inyección; la madre lloraba con desconsuelo á la cabecera del lecho.

—¡No te aflijas, mamá! ¡Si voy á un mundo mejor! Allí no hay ingratitude ni falsedades. ¡No me ves contenta? Pronto volveremos á unirnos... Ya sabes: nuestra fortuna para la fundación de un Asilo de pobres muchachas abandonadas. No te olvides de ponerme el traje y el velo de novia... ¡Mi eterno sueño se desvaneció!... No logré verlo realizado...

Cogió entre las suyas la mano de su madre y la besó dulcemente.

Una celestial sonrisa iluminó su rostro...

Un rayo de sol entró alegre en la estancia de la muerta.

Abandonado desde el día anterior sobre una silla estaba el traje blanco; el ramo de azahar, mustio y deshecho, había rodado hasta los pies de la cama.

PILAR MILLAN ASTRAY

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS

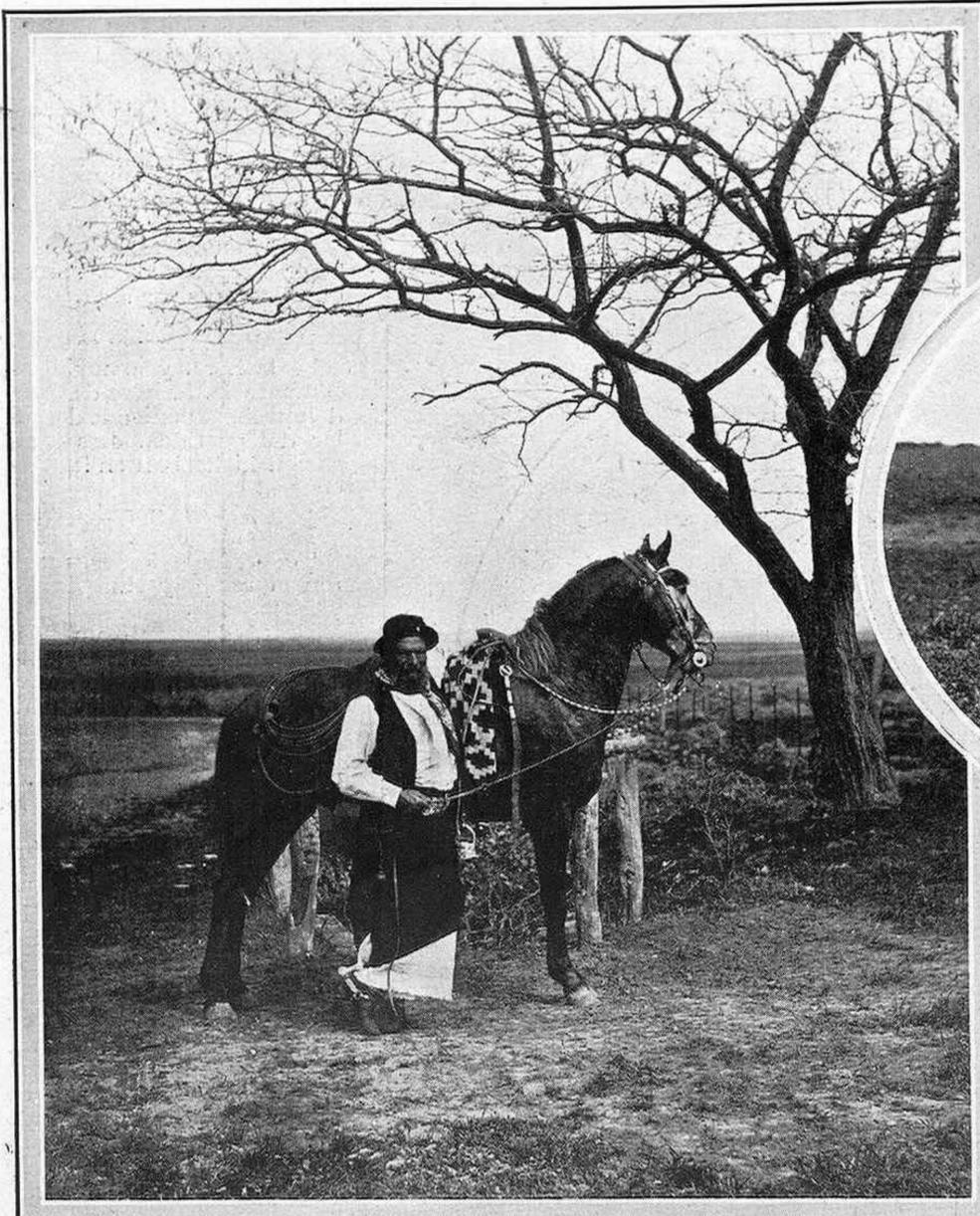


¡Me haces la mujer más feliz de la tierra! ¡Dios te lo pague!

ooo

Todo era felicidad en la casa de Lupe. Las amigas corrían por los pasillos como bandadas de palomas, y se disputaban el honor de vestir á la simpática novia. Esta salió por fin, elegantísima: un traje maravilloso; el velo de desposada, de finísimo encaje, la envolvía, sujetó á la

EL GAUCHO ARGENTINO



Un gaucho viejo, con su "pingo"



Un gaucho y su "china".—Cortando "fientos"

FUE el criollo de los campos, ó sea el «gaucho», en el siglo xvii, fruto de españoles é indias, y como elemento nacido por la fatalidad del destino, fuera de las leyes, quedó, bajo la tutela inmediata de la tierra, altivamente aislado de la vida colectiva.

En su ambiente inmenso y variado, habrían bastado las grandezas de la Naturaleza acumuladas en torno suyo, desde las cordilleras á las selvas y á los amplios ríos, para enorgullecer los muchos pueblos de un continente del viejo mundo. Hoy, como entonces, alcanza á lo increíble la profusión, pero todo es crudo y sin gradaciones. Amanece el sol sin aurora, deslumbrante desde los primeros rayos, extiéndose, y luego muere sin crepúsculo. Las tormentas de tierra, los huracanes, las inundaciones, los incendios y las heladas, preséntanse de súbito, destruyen y desaparecen, surgidos y muertos en pleno vigor. Y el gaucho sufrió, en cada instante de su vida, la acción imperiosa de ese medio potente.

Hallándose á merced de contingencias funestas, aprendió á recelar y á contar sólo con sus fuerzas. Desarrolló sus facultades físicas y despreció, como debilidad, la asociación. Instintos heredados le suministraron, además, medios de defensa apropiados. Su olfato y su oído poseían la perfección de sentidos de fieras, y su intuición era un prodigio de doble vista. Llevaba ganado á grandes distancias, y recorría las pampas al trote de su caballo, sin hallar al paso más que vacas, potros, bandas de avestruces y perdices. Sucediáanse los días unos á otros, interminablemente, entre poblado y poblado. La falta de agua potable y de leña, el vadeo difícil de los ríos, los ataques de animales salvajes, eran penalidades usuales que al repetirse perdían su emoción. Hacíales frente el gaucho con su sagacidad decidida, y las sorteaba sin temor como sin orgullo. Sólo subsistía la sensación de la inmensidad abrumadora.

Para el sustento, mataba y asaba un animal, al paso de los millares que pastaban, vagos y sin dueños. No era necesario trabajar para vivir, y esa particularidad del ambiente inspiró al gaucho un natural desprecio por el trabajo y el valor del tiempo. Su vida nómada y azarosa, y las mil influencias del medio ambiente, acrecentaron su sensibilidad y convirtieron su confuso misticismo heredado, en superstición. Veneró las fuerzas naturales y el misterio del más allá. Atribuyó á los fenómenos que le rodeaban un sentido fatal y misterioso, y á las cosas y animales, una acción favorable ó fatídica impuesta por poderes ocultos. Creyó en bosques encantados, en lagunas hostiles, en luces malas, en brujas, en almas en pena, en fantasmas, en el demonio, en talismanes. A las significaciones misteriosas, agregó leyendas de España y mitos indígenas. Su imaginación impresionable creó así un mundo más espacioso.

Ante la Naturaleza, fué tímido; ante los hombres, erguía, y prefería

morir á doblegarse; curiosa convivencia de altivez y de humildad. No expresa en sus últimos momentos la angustia de un ser social; extingúese como un árbol, un animal ó un indio, sombría y estoicamente, respetando con su silencio la evolución normal de todo lo que vive.

No concedía importancia alguna á su propia vida, ni á los demás. Presentía la imposibilidad de retrasar un segundo el momento de la muerte, y aceptaba serenamente lo inevitable de los hechos consumados. ¿Cómo habían de ser las cosas de otro modo, puesto que así eran? Lo que debía suceder, sucedería forzosamente. Obraba en su alma el fatalismo heredado de los moros.

El estado de aburrimiento hosco á que le reducía su soledad trocábase en bonhomía jovial al menor contacto de gente amiga. Y en esas reuniones campestras, las competencias de la vanidad despojábanle de su dignidad natural, inspirándole actitudes teatrales y presuntuosidades de histriones. Cifrabá su orgullo en ser el mejor tirador de lazo, de bolas y de cuchillo; en poseer el arreo más rico, el «parejero» más veloz, la «china» más guapa, las armas más finas; ser domador, cantor y domador invencible. Las carreras de caballos, en las que cada cual montaba el suyo, eran verdaderos desafíos. Todo era motivo de competencias y riñas. Aquella ansia de superioridad que le dominaba y le arrastraba á los actos de valor más inverosímiles, desarrolló sus cualidades agresivas, inspiróle el sentido y el oído del ridículo, y le templó para la lucha. Batíase por una

CÁMARA FOTO

mirada, por un gesto burlón, una preferencia femenina ó una respuesta mordaz, así como se exponía al peligro por un amigo, y aun por un desconocido apremiado por fuerzas mayores.

Revivía en su alma el antiguo sentimiento español del honor, con la intensidad de los mejores días y su inmutable cortejo de pasiones exaltadas: la envidia, la generosidad, el odio, la nobleza y el desmedido afán de ser el primero siempre y en todo lugar. El medio y las circunstancias exteriores no hicieron sino acrecentar en él las fuertes modalidades del patrimonio hereditario. Amaba su aislamiento. Era más señor en su existencia salvaje que los puebleros en los balbucesos de la vida civilizada.

ooo

Hacia el tercer cuarto del siglo pasado dejó el gaucho de ser el rey de la pampa. El progreso imperioso y seguro avanza día á día como una inundación, y en su marcha civilizadora, esforzándose por expulsar los elementos opuestos á su expansión. La gran ley de selección imponía su irresistible voluntad. El gaucho estaba fuera de época. Personaje de leyenda, no le era posible subsistir en un medio civilizado. Habría debido para ello comprimir sus instintos, pero le faltó ductilidad para amoldarse á las leyes nuevas, y dejó de súbito de ser lo bastante poderoso para mantener la soberanía de la fuerza. Hallóse, pues, sin apoyo, destinado por una lógica inflexible á ser reemplazado por los más aptos, y utilizado parasitariamente por los más fuertes. La sociedad lo empleó en la destrucción de los indios, y mientras esos dos elementos constituti-



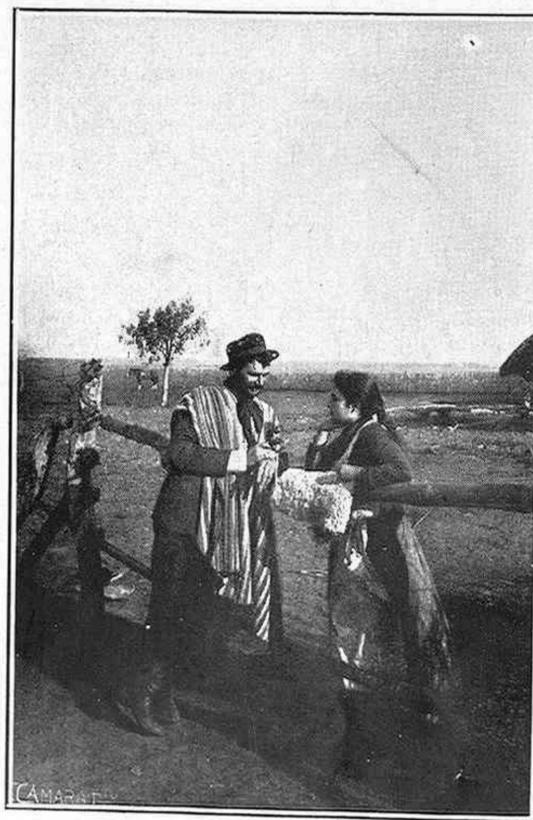
Bailando "el gato"

vos de la raza, por una singular ironía, se aniquilaban en las fronteras, reconstituíase una nueva nacionalidad en las ciudades, gracias á cruzamientos entre criollos y europeos.

Perdurará, sin embargo, el recuerdo del gaucho en el espíritu argentino, como una de las tradiciones más caras del pasado y como una fuente de legítimo orgullo patriótico. Ahí está, á caballo, envuelto en su poncho, puesto el chambergo sobre su oscura melena; y en medio de la nueva raza, emarada de innumerables fusiones, permanece en lo alto, con la calma suprema de una estatua de bronce que nunca hubiera de perecer. Sus ojos resueltos encierran bajo sus pesados párpados una mirada altiva y burlona. Su mano, fina y nerviosa, acaricia su larga barba. Sus labios sensuales se entreabren en una sonrisa que anima con una expresión simpática su rostro curtido por el viento, el frío y el sol.

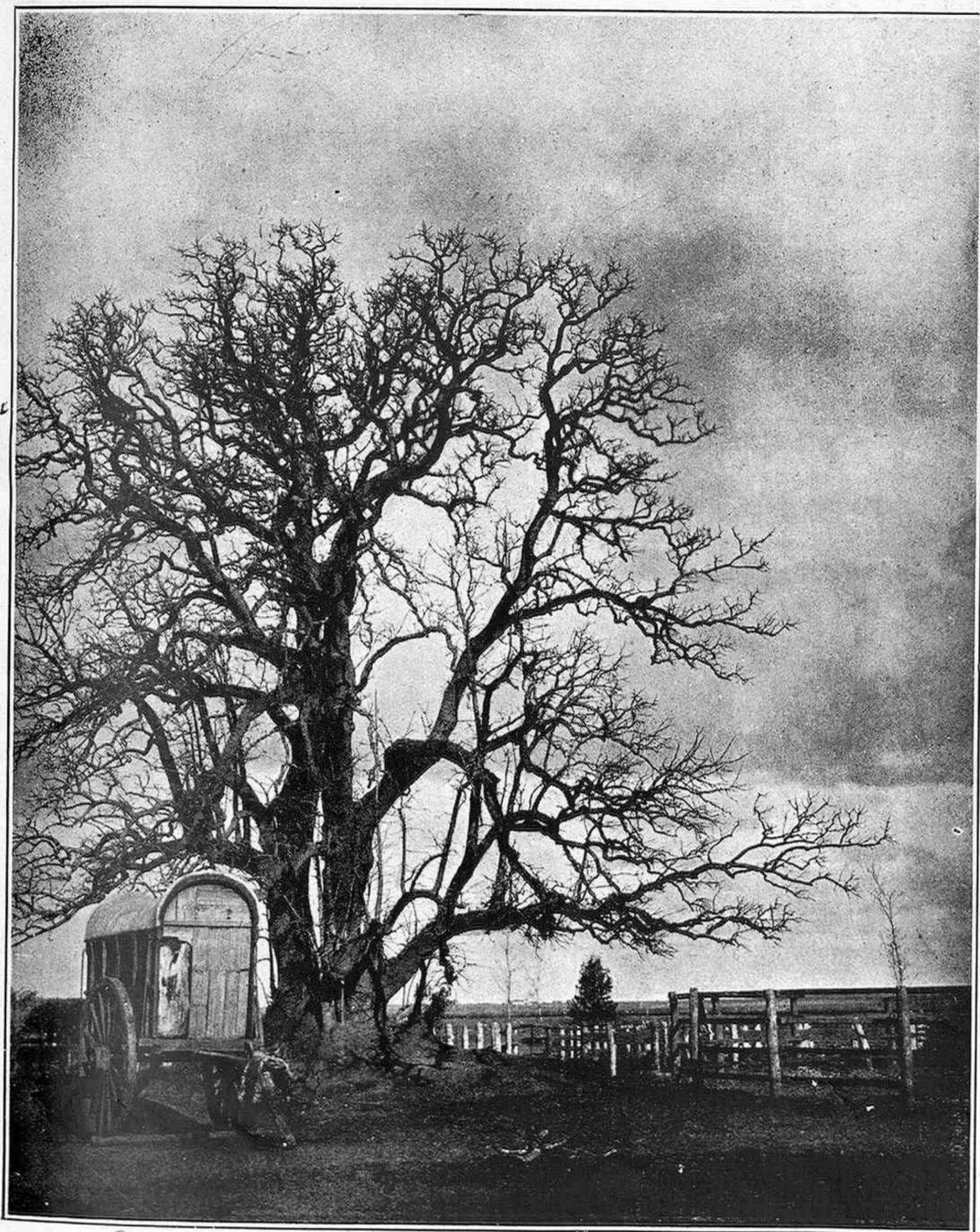
Generosidad caballeresca, fuerza, audacia, belleza, poesía, nada le falta para encarnar aquel tipo de héroe legendario que se encuentra en la historia de los pueblos, en la época en que el estado del medio ambiente permite vivir al compás de los impulsos.

ROBERTO LEVILLIER



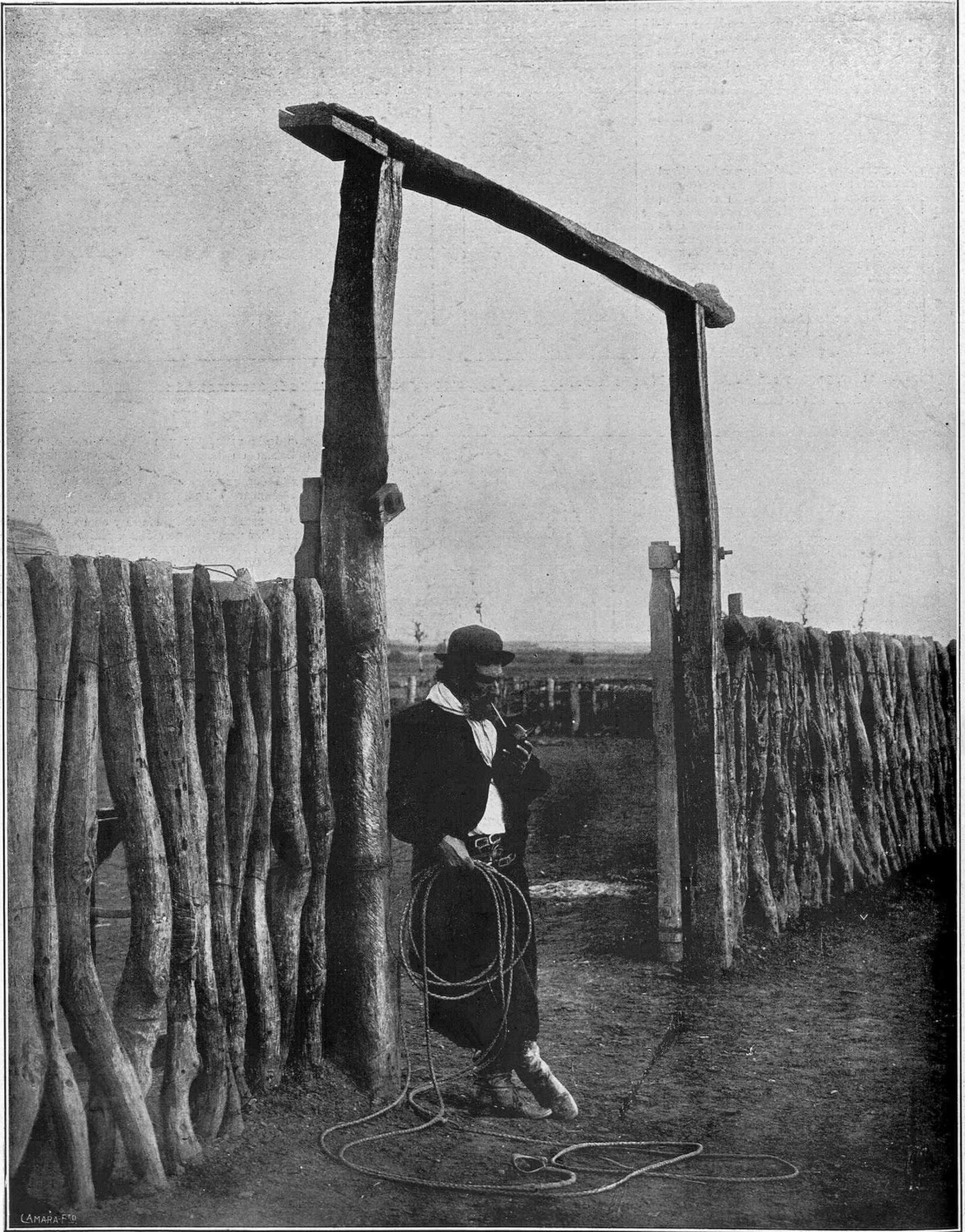
Idilio gaucho

FOTS. AVERZA



Un "ombú"

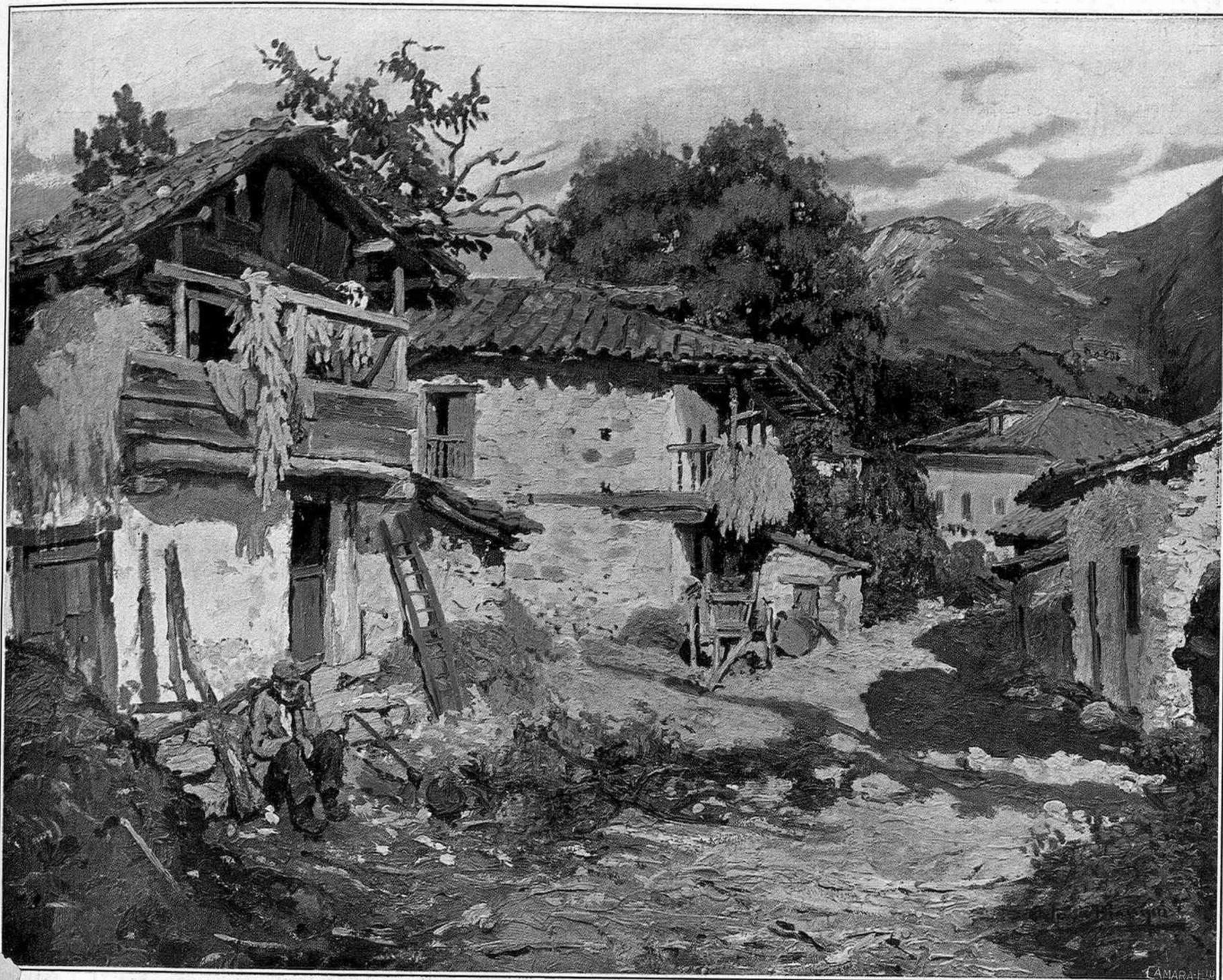
COSTUMBRES DE LA PAMPA



LAMARA-FLO

Un gaucho tomando "mate"

FOT. AYERZ



"Caserío asturiano", cuadro de Octavio Bianqui

LA PITONISA RUBIA

(FANTASÍA PRIMAVERAL)

BIENHAYAN estas horas ligeras y luminosas del año.

Todo es en invierno contracción, recogimiento, clausura. En verano todo es dilatación, expansión, desbordamiento.

Hasta el corazón de los hombres, flor temerosa y sombría, revive y se entreaire ahora; porque no se siente igual en un recóndito gabinete caldeado con carbón y alumbrado con electricidad, que en plena calle, al aire tibio y oloroso; y bajo un cielo azul fulgente.

Me señalaréis la excepción de los ríos; pero no hay tal excepción. Decimos que se secan, y no es exactamente así: la verdad es que se desvanecen para transformarse; se van del cauce abriendo las alas que el invierno les hacía llevar plegadas y aplastadas sobre el lomo azul; vuélvense vapor sutil, y se extienden por la atmósfera, y ascienden á nubes como una sensación que asciende á idea. Suben al cielo como un gran suspiro de la tierra. Por tal villorrio pasa inadvertido un arroyuelo que apenas podría saciar á un can sediento; pero llegado el estío, se hace nube capaz de ensombrecer una ciudad.

Los oradores políticos, enclaustrados durante el frío invernal, salen de sus catacumbas y se vierten por los espacios libres. También se hace ancha y espesa nube el débil arroyuelo de su voz.

La cerveza prorrumpe del angustioso ámbito del

bar; sale á las plazas y jardines públicos á fundir su oro con el oro del sol.

En invierno se hace buscar; en verano se ofrece, se democratiza y, no contenta con el amor metódico de sus habituales, busca el halago efímero y romántico de los que sólo saben amarla bajo los árboles copudos y al son de las orquestas ciegas.

Con ella, y para servirla con paciencia y humildad, salen los veladores que habían pasado mucho tiempo silenciosos y entumecidos en la húmeda tiniebla de una cueva.

Estos veladores tenían antes la cabeza de latón pintado de amarillo, y sus tres patitas sueltas. Al asomar el mes de Mayo, se les daba la voz de *marchen!*, y salían, ágiles y alegres, andando como arañas y se colocaban en fila bajo los árboles, al borde de los macizos de césped. En las altas horas de la noche, cuando el jardín se quedaba solitario y nadie podía acechar, se paseaban por el verde, cambiaban visitas con los del bar de enfrente y hasta se revolcaban por la hierba fresca.

Ahora, no. Sin duda para obligarlos á ser formales, los han puesto en la cabeza una abrumadora placa de mármol y los han trabado los pies con un recio triángulo de hierro, más cruel que unos grillos. Por eso salen al jardín á saltitos, y á veces se encuentran tan entorpecidos, que los camareros tienen que sacarlos en brazos. Son como muchos

hombres, que no pueden sentir alegría porque les pesa el cráneo excesivamente.

Pero esta hierática rigidez á que se los ha condenado; ayuda á la misteriosa y grave misión que han de cumplir de día, porque al llegar el día son trípodes.

Hay gentes que beben con despreocupación, como si ello no tuviese importancia. Pero fijaos en los que se inclinan sobre el *bot* hasta casi rozarle con los labios y soplan sigilosamente la espuma, y en los que permanecen inmóviles en la silla, sin apartar de él la mirada, como hipnotizados. Estos saben que la cerveza es una pitonisa, la rubia pitonisa exorable que, subida en el trípode, dicta alguna vez oráculos certeros y siempre alucinantes profecías.

Por eso el pueblo de Madrid, tan dado á poner su esperanza á los dioses, es devoto é insaciable amador de la cerveza.

Volverá el invierno obscuro, y la pitonisa se refugiará, malhumorada y huraña, en las cuevas llenas de humo y griterío, donde los ojos irritados y los labios sedientos profanan el oro y el arquiño de sus vestiduras. Y ya no será sacerdotisa exorable y sonriente, sino diosa vengativa, sólo satisfecha cuando los hombres ruedan embrutecidos á sus pies.

FÉLIX LORENZO

UNA FUNCIÓN BENÉFICO-ARISTOCRÁTICA
 Representación del cuento "La Princesa encantada"



Dos grupos de los niños que interpretaron el cuento "La Princesa encantada", en una función benéfica celebrada recientemente en Madrid



El hada buena, Chonina López Roberts

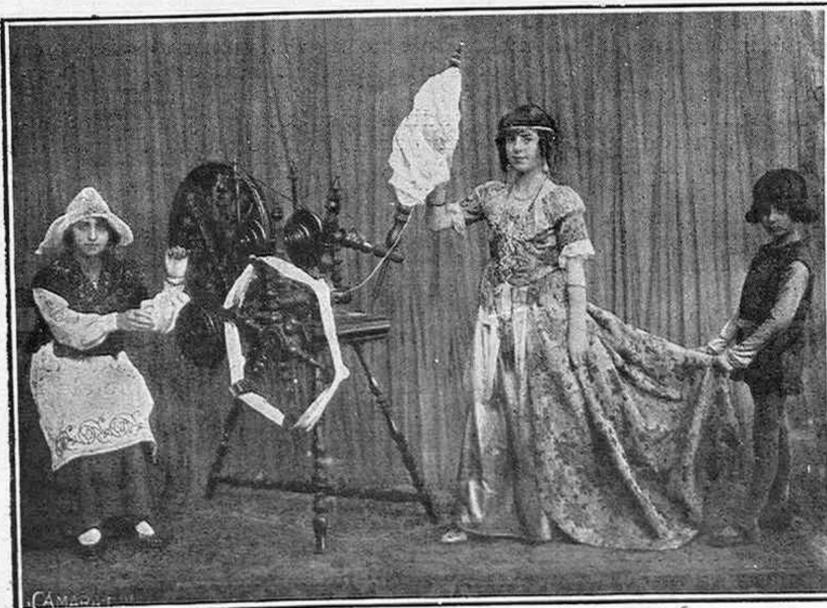


El hada de la noche, Carmen Serra Sabater

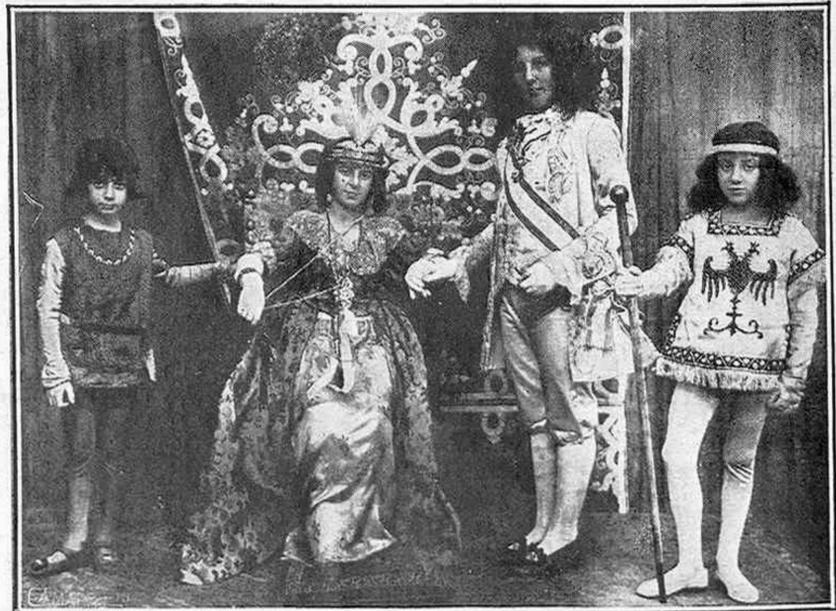
HACE pocos días se verificó una interesante fiesta en la Escuela Maurista del distrito de la Latina. La distinguida poetisa Sra. D.^a Matilde Ribot de Montenegro aportó su valioso con-

El narrador del cuento, Ezequiel Sacristán, alumno de la Escuela Maurista de la Latina

curso, versificando el cuento de hadas *La bella durmiente del bosque*, que un niño leyó magistralmente, mientras otros iban presentando en artísticos cuadros los principales episodios del cuento.



La Princesa, la hilandera y el paje de la Princesa



Los Príncipes y sus pajes

FOTS. SATUÉ



En la aurora de la vida y
en el apogeo de la juventud

acostumbraos á usar el

PETRÓLEO GAL

y vuestro cabello se conservará
siempre limpio, flexible, sedoso
y abundante.

idea

AMORES DEL REY DON PEDRO



DON PEDRO EL CRUEL

EL turista que recorre los jardines maravillosos del Alcázar sevillano y fija un instante la mirada en los «baños de María de Padilla», no puede fácilmente reconstruir en su imaginación lo que fué en los tiempos remotos de D. Pedro el Cruel un recinto que hoy se nos antoja lóbrego y desagradable; y entonces, revestido de tapices y brocados, con

jazmines y madreselvas trepando por los muros y aromáticos pebeteros embalsamando el ambiente, sería digno estuche de aquella joya femenil que supo adueñarse del vesánico Monarca, al extremo de constituir el único amor constante para un hombre plenamente poseído por el demonio de la lujuria.

Nada, en verdad, tan novelesco é intrincado como los amores del Rey D. Pedro. Las viejas crónicas no los recojen por entero; que el aspecto erótico queda en él anegado en la sangre de sus genialidades crudelísimas. Pero basta y sobra con los datos conocidos para proclamarle precursor de Don Juan Tenorio, ya que, en cuestiones de faldas,

no hubo razón ni lugar por su audacia respetado.

Comenzó su carrera de amador con un desengaño. Apenas ceñida á las sienes del joven Don Pedro la corona, se pensó en desposarlo con D.^a Juana de Villena, cuya belleza y cualidades prendaron al Monarca y satisficieron á la Reina madre, con beneplácito del valido Alburquerque. Frustróse la coyunda, porque doña Leonor de Guzmán, manceba que fué del difunto Alfonso XI, dióse arte para que la doncella prefiriese y otorgara su mano al bastardo D. Enrique de Trastámara. Quedó burlado el Rey, dando muestras de vivísimo enojo. Tal vez éste fué el motivo fundamental del odio irreductible que separó á los dos hermanos hasta que hubo de resolverse en la tragedia de Montiel.

Poco después, concertábase el matrimonio de D. Pedro con D.^a Blanca, hija del duque de Borbón, sobrina de Carlos V de Francia. Enviáronse los oportunos embajadores á la nación vecina, con poderes suficientes para solicitar la mano de la Princesa; y habiéndose acogido favorablemente las pretensiones del Rey castellano, firmáronse los esponsales sin dilación. Pero la fatalidad hizo que el viaje de la joven desposada se retrasara, dando tiempo á que germinase en el pecho del Monarca una pasión avasalladora, que debía sobreponerse á todas las que ocuparon su corazón versátil.

Huelga decir que esta pasión irreductible fué la que hubo de inspirarle D.^a María de Padilla, á la que conoció en Sahagún, en casa del valido Alburquerque; de cuya esposa, D.^a Isabel de Meneses, era aquella grande amiga. Dícese que acaso fué la entrevista preparada por Alburquerque, para mejor dominar al Soberano dándole manceba que le fuese propicia; si así fué, logró el valido sus propósitos, de los que, por estériles para sus planes, no hubo de tardar en arrepentirse.

Era D.^a María de Padilla «pequeña de cuerpo, pero de entendimiento grande, y dotada de gracia y hermosura», según nos la presentan los cronistas coevos. De discreta, afable y bondadosa la califican asimismo; y grandes debieron ser, en efecto, sus cualidades, cuando no concitó contra sí el aborrecimiento de nadie, pese á la irregularidad de su vida. El fuego de amor prendió en el Rey con la rapidez del clásico flechazo, al extremo de no volverse á separar nunca de la bella, en sus incesantes peregrinaciones á través de España. En Córdoba nació el primer fruto de tales amores, la Infanta D.^a Beatriz, á quien, pródigo su padre, dotó de buen núme-

ro de villas y castillos confiscados á D. Alfonso Fernández Coronel. Fueron más tarde á Toledo; y entreteniase el Soberano en torneos y fiestas en Torrijos, cuando supo con profundo desagrado que D.^a Blanca de Borbón, su desposada, estaba en Castilla y le esperaba para unirse á él con lazo indisoluble. Olvidado ya de tales compromisos, y harto prendado de la Padilla para pensar en suplantarla, quiso romper con la francesa, y harto hiciéralo á buen seguro, si Alburquerque, apesadumbrado de su obra, que juzgaba estéril, no advirtiese á D. Pedro los peligros que ofrecía malquistarse con Francia desairando á la Princesa.

Medianamente convencido, dejó el Monarca á la Padilla en el castillo de Montalbán, y encaminóse á Valladolid, donde aguardábale doña Blanca, con su séquito de caballeros franceses capitaneados por el vizconde de Narbona, y toda la nobleza del Reino, ganosa de asistir á las nupcias de su Soberano. En el templo de Santa María la Nueva celebróse la unión, con pompa inusitada. Fué padrino D. Juan Alfonso de Alburquerque, y madrina D.^a Leonor de Aragón, tía del Rey. Justas y regocijos públicos sirvieron de remate al epitalámico acontecimiento. Doña Blanca, la Princesa extranjera, blanca, rubia y con ojos de cielo, sentíase dichosa, viendo que el poderío y el amor la halagaban...

Pero dos días después de la boda, D. Pedro abandonó el tálamo, atraído por los negros ojos de D.^a María. Fueron inútiles las excitaciones de la Reina madre para atraerle al cumplimiento de su deber. Inútiles asimismo los ruegos de Alburquerque, á quien preparó en Toledo una encerrona, que, astuto el valido, supo evitar, si bien, considerándose caído, retiróse á sus castillos de Alba de Liste. Mientras D.^a Blanca gemía en su incomprensible abandono, holgábase D. Pedro y D.^a María, paseando de una á otra región sus amoríos. El vizconde de Narbona y los demás nobles franceses reintegráronse á su país, reconociendo que era extraña, muy extraña, la conducta del Monarca, mientras la Reina madre se retiraba á Tordesillas, llevando consigo á su nuera. Pero el Rey, no contento con abandonar á su esposa, la hizo aprisionar en Arévalo. Además de perjuro, tenía que mostrarse criminal. No en balde le adjudica la Historia el dictado de Cruel.

A poco, enamoróse locamente de D.^a Juana de Castro, viuda de D. Diego de Haro, del linaje de los señores de Vizcaya. Era D.^a Juana dama honesta, y hubo de manifestar á su pretendiente que sólo pertenecería al hombre con quien se hubiese desposado.

—Dispuesto estoy á casarme—dijo D. Pedro, que no reparaba en obstáculos cuando pretendía satisfacer sus caprichos.

—Eso es imposible, señor—repuso D.^a Juana—. Sois casado, y mientras viva D.^a Blanca...

—Hoy mismo la mando matar.

—¡Qué horror! Su sangre nos separaría totalmente.

—Pero si tampoco es necesario acudir á tales extremos. Mi matrimonio con D.^a Blanca es nulo. ¿Os bastará que así lo declaren?

—Si así fuese...—murmuró D.^a Juana, á quien no dejaba de halagar la preferencia de que era objeto.

Y así se hizo. Por servilismo ó por miedo, los obispos de Avila y de Salamanca declararon la nulidad del vínculo anterior, y por ende la aptitud de D. Pedro para casarse de nuevo. Pomposamente se celebró en Cuéllar la coyunda. Pero el Rey, que tenía cuerda matrimonial para muy pocas horas, no bien la noche de bodas fué pasada, abandonó para siempre á D.^a Juana y volvió en busca de la Padilla, seguro de obtener su perdón.

Aguardábale una sorpresa que no pudo imaginar. Durante su devaneo con D.^a Juana, desechada y entristecida, D.^a María hizo firme propósito de renunciar al mundo. El Papa concedióle permiso para fundar un monasterio, bajo la advocación de Santa Clara, y en él se disponía á encerrarse, cuando llegó D. Pedro, recién perpetrada la hazaña escandalosa. Hubo entre los amantes una escena que, con los papeles invertidos, rememora la de Manón Lescaut y el caballero Des Grieux en los claustros de San Sulpicio. Y el resultado fué... el de siempre en casos tales. D.^a María colgó los hábitos, dispuesta á perdonar todas las charranadas de su egregio adorador.

Que no fueron pocas, ciertamente. Sin descender á los caprichitos de menor cuantía, las crónicas nos hablan de una prima de la Padilla, D.^a María Fernández de Hinestrosa, que, sin respeto á su parienta, aceptó amores del Rey, quien tuvo asimismo descendencia ilegítima con cierta D.^a Isabel, nodriza de su hijo Alfonso; además, D. Pedro López de Ayala dice que en Carmona dejó «otros hijos que oviera con otras duennas», y en la Crónica de Enrique III se hace alusión á tres vástagos más que estaban en Peñafiel. Tuvo, pues, mucho que perdonar D.^a María.

Pero el devaneo más sonado fué el de las hermanas Coronel, D.^a María y D.^a Aldonza, casadas, respectivamente, con D. Juan de la Cerda y D. Alvar Pérez de Guzmán. Ambas á un tiempo—no lo gastaba menos el monstruo de salacidad y de impudicia—excitaron los deseos del Monarca. Planteada la cuestión á las interesadas, mostrose el temperamento de cada una en la manera de resolver el tremendo trance. D.^a María tuvo la abnegación sublime de desfigurarse el rostro hermosísimo para salvar la honra. No atreviéndose á tanto D.^a Aldonza se dejó querer, olvidando sus deberes conyugales.

Y á fe que huella muy honda debió causar su beldad en el alma tornadiza de D. Pedro, porque casi desbancó á la Padilla. Una y otra vivieron larga temporada en la ciudad del Betis, compartiendo los amores del Rey. Para evitar colisiones probables, estaban alojadas en parajes diversos: D.^a Aldonza en la Torre del Oro, donde el judío Samuel Levi guardaba los tesoros del Monarca; y D.^a María en el Alcázar, reedificado, más que restaurado, por el mismo Don Pedro, valiéndose de alarifes granadinos y artifices mudéjares que decoraron con primorosas filigranas la mansión de maravilla, haciendo de ella un incomparable nido de amores.

No tardó en cansarse el Rey de D.^a Aldonza; y, como acontecía siempre que terminaba una infidelidad, volvió, más rendido que nunca, á los brazos de la Padilla. Fué por entonces cuando, no sabiendo á qué atribuir la extraña atracción que esta mujer ejercía sobre el espíritu inconstante de D. Pedro, dieron las gentes en decir que habíale embrujado, y que sus artes de hechicería eran la causa de tan inexplicable fidelidad. Súpulo el Rey, y obediendo á uno de sus impulsos característicos, mandó congregarse su corte en los jardines del Alcázar sevillano, é hizo que D.^a María se presentase ante todos mostrando desnudo su hermoso cuerpo, en comprobación de que no había en él ninguno de los estigmas propios de aquéllos en quienes el diablo ha impreso su garra proterva. Triunfó la Padilla exhibiéndose con el sublime impudor de las estatuas.

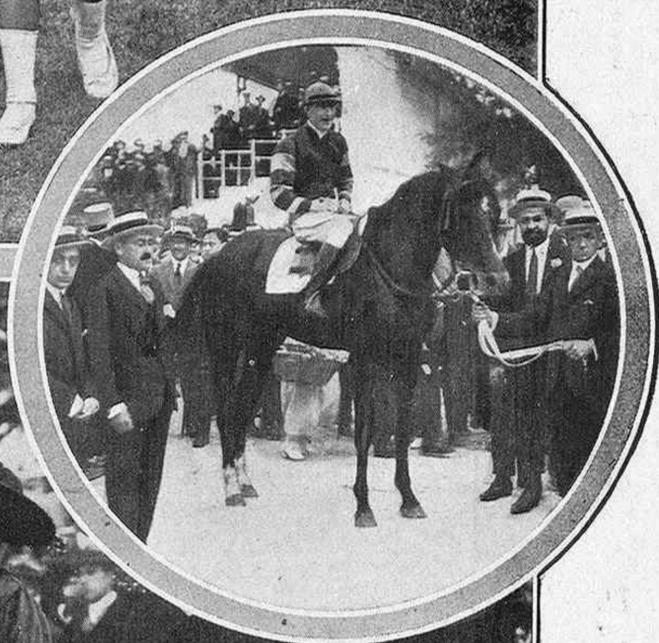
Poco después, D. Pedro, harto de hacer rodar á D.^a Blanca de Borbón de uno en otro calabozo, la mandó matar alevosamente, quien sabe si para de este modo rendir pleitesía mayor á la dama de su constante preferencia. Si así fué, no tardó el cielo en imponerle el adecuado castigo. D.^a María de Padilla murió de muerte natural, caso raro entre cuantos rodeaban al sanguinario Monarca. Desesperado, vió D. Pedro sucumbir la única persona cuya existencia tenía por sagrada, y quiso enloquecer de pesadumbre. Vistió luto por ella, cosa que no hizo con nadie, y lo impuso á todo el reino. Seguidamente, congregó Cortes en Sevilla para declarar solemnemente que D.^a Blanca fué su legítima esposa, porque antes se había desposado en secreto con D.^a María de Padilla. Los procuradores no hallaron razones que oponer, ni á ello se hubiesen atrevido, y la hermosa mujer fué considerada Reina de Castilla y de León, y sus hijos tenidos como legítimos herederos y sucesores de la Corona.

Muerta la Padilla, la vida de D. Pedro carece de relieve. Faltábale la única luz que había iluminado su vida tenebrosa. Probablemente, si cayó en el lazo que el bastardo Trastámara le tendiera, más que por torpeza, fué por desgana de vivir. Hubiérale esperado la Padilla y ya encontrara él medio de abandonar los campos de Montiel para volar á su encuentro...

Y este recuerdo del gran amor de D. Pedro es la única flor que brota en el erial de su existencia, y el único paliativo que hace algo menos execrable su memoria.

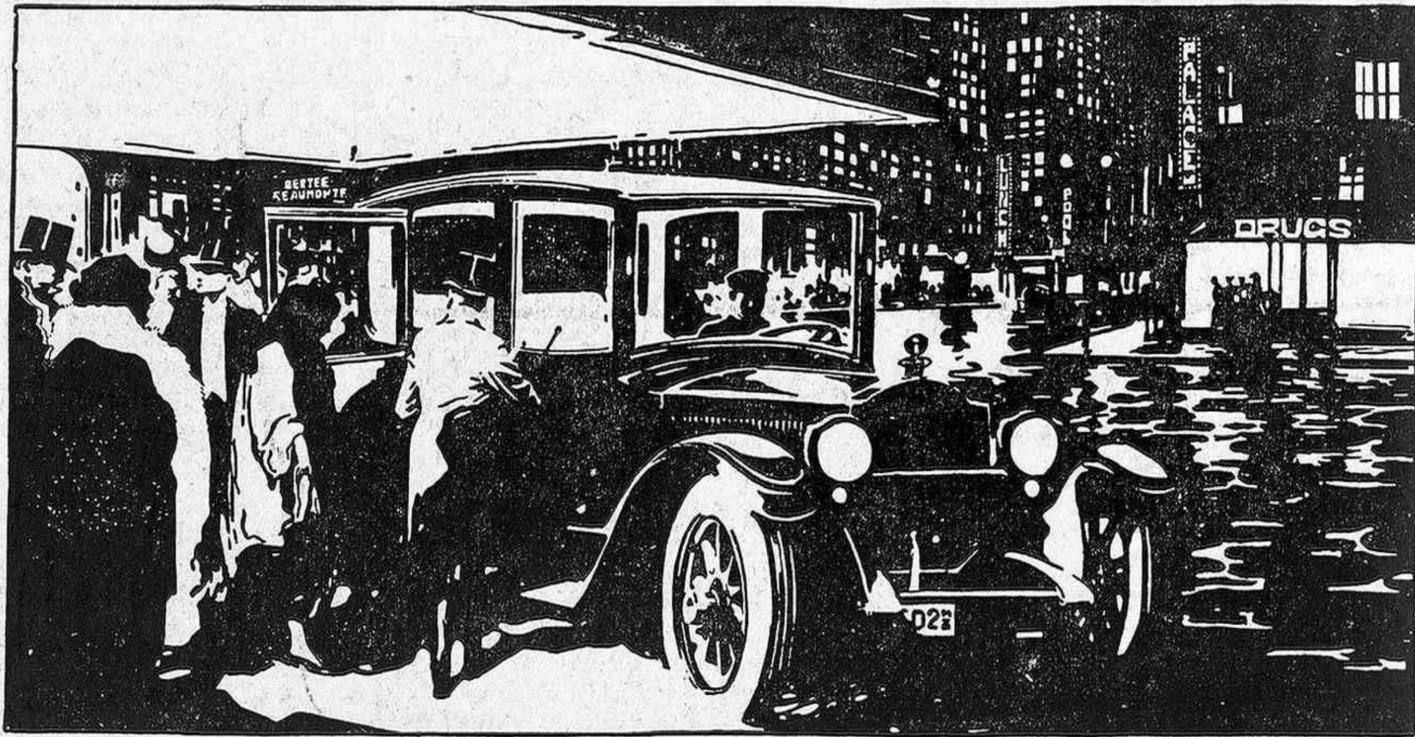
AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

EN LAS CARRERAS DE CABALLOS



S. M. la Reina Doña Victoria, con sus augustas hijas las Infantas Doña Cristina y Doña Beatriz, paseando por el "stand", en las carreras celebradas el día 30 de Mayo último.—El caballo "Nouvel An", de Cimera-Martorell, que ganó el gran premio.—El público presenciando las carreras

FOTS. CAMPÚA



No hace muchas noches llegaron a la puerta de este teatro de la ópera 3,274 personas traídas por automóviles procedentes de 31 fábricas diversas. Gran número de esas personas viajaban con comodidad de segunda clase, no obstante haber pagado por sus vehículos precios para obtenerla de primera clase.

¿Es que realmente cuesta más esa comodidad de primera clase?

CON frecuencia se oye exclamar a personas, al parecer resignadas con su suerte: "¿Cuánto preferiría ir en uno de esos automóviles excelentes si no costasen tan caros!" Esta exclamación es inspirada por la creencia de que los dueños de automóviles excelentes disfrutan de comodidades y privilegios especiales y que han de pagar más por esas ventajas.

No sería pequeño el número de personas que dejarían de resignarse a viajar en automóviles incómodos si supiesen cuan poco paga el dueño de un Packard por el colmo de la comodidad que disfruta y que otros envidian.

El transporte proporcionado por los automóviles "Packard"

nunca cuesta más de lo que en otros coches se paga por comodidad de segunda clase, y a veces cuesta mucho menos.

El consumo de gasolina en el Packard es de un litro por 4 a 6 kilómetros, según sea el estado del camino. El consumo de lubricante es de un litro por cada 265 kilómetros. Los neumáticos, con el cuidado debido, dan un recorrido de 19,000 a 25,000 kilómetros.

EL tratamiento al calor por un procedimiento exclusivo de la fábrica Packard hace que las piezas de acero tengan mucha mayor resistencia y, por lo tanto, sean menos necesarias las reparaciones y menor la depreciación del vehículo.

La mayor duración del Packard y el mejor servicio que presta compensa con creces la diferencia entre su precio y el de vehículos inferiores.

LA Compañía Packard ha dedicado veinte años al estudio de vehículos automóviles desde el punto de vista de peritos en cuestiones de transporte, y repetidas veces ha demostrado que la persona que trata de ahorrar en el precio de compra de un automóvil, gasta en definitiva más que si desde luego adquiriese un Packard.

Los hechos relativos al transporte no son arbitrarios, sino reales, como pueden demostrarlos los peritos de la Compañía Packard a quienes tengan verdadero interés en conocerlos.

PACKARD MOTOR CAR COMPANY

Oficinas para la exportación: 1861 Broadway, New York

Representante exclusivo para España

AUTOMOVILES "PACKARD"

Salon Exposicion.—Oficina.—Garage.—Taller
Marques de Villamagna, 4, Madrid

PARÍS Y BERLÍN
Grand prix et Medailles d'Or

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan
siempre esta marca y nombre
BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna.

Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas
A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, con extraordinaria perfección. Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues devuelve al cabello, *sin teñirlo*, la substancia que le da vida y color, haya sido *rubio, negro ó castaño*. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha. Se usa lo mismo que el ron quina.

POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos) Por su calidad superfinísima, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Naturales, Rosados, Rachel claro y Rachel obscuro.



CREMAS marca BELLEZA (líquida ó en pasta espumosa). Blancura, hermosura y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).

LOCION BELLEZA Para el cutis. La mujer y el hombre deben emplearla para la juventud natural del rostro y firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con *arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, asperezas, manchas, etc.*, á las 24 horas de usarla la bendicen. Evita el crecimiento del vello. Es inofensiva. Delicioso perfume.

TINTURA WINTER Marca belleza. Con una sola aplicación desaparecen las canas; *cabello, barba ó bigote*, hermoso castaño ó negro. Es la mejor y más práctica.

PELÍFERO BELLEZA (vegetal) Detiene inmediatamente la caída del cabello. Hace crecer el cabello á los *calvos*, por *rebelde que sea la calvicie*. Cabeza sana y limpia e *caspa*.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En Buenos Aires, A. García y C.ª, calle Cerrito, 393.—En Habana, droguería de Sarrá.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cía., Badalona (España).

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

¿Quiere usted
aprender idiomas?
Vaya á la

ESCUELA BERLITZ

ARENAL, 24

Nadie se los enseñará
mejor

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

DE
Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 73 BARCELONA
Espacho: Unión, 21



ESPAÑA
LA MEJOR COLONIA
CARMEN, 10, ALCOHOLERA

Sucursal de LA ESFERA
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97

Se remite á provincias y Extranjero toda clase
de libros, y gratuitamente el Boletín bibliográfico

Lea usted los viernes

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

Número suelto: 40 cénts. en toda España

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
Dirigirse á Hermosilla, número 57.

OBRA NUEVA

EL AÑO ARTÍSTICO

1919

ORIGINAL DE JOSÉ FRANCÉS

UN TOMO EN 4.º MAYOR, DE 420 PAGINAS
Y 350 GRABADOS, LUJOSAMENTE EDITADO,

TRECE PESETAS

ACABA DE PUBLICARSE
:: TODAS LAS LIBRERÍAS ::

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

J. C. WALKEN

FOTÓGRAFO

16, Sevilla, 16

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1373.

HERMOSURA DEL CUTIS DELEGACIÓN DE



El teniente don Simplón, valiente como un ratón, sin mérito personal, en tres meses ha ascendido á teniente general; y la única razón que ha tenido don Simplón para escalar tal altura, es la de usar... su mujer los productos PECA-CURA.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,40. — Polvos, 2,40. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50, 5,50, 9 y 15 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICÓ, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

Escopetas finas de precisión y caza
PARA TIRO DE PICHON



EIBAR. — Víctor Sarasqueta
Proveedor y fabricante de S. M. el Rey Don Alfonso XIII y de S. A. la Infanta Doña Isabel

IMPRENTA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID



A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Lea Ud. los miércoles

MUNDO GRÁFICO
REVISTA POPULAR ILUSTRADA

30 cts. en toda España

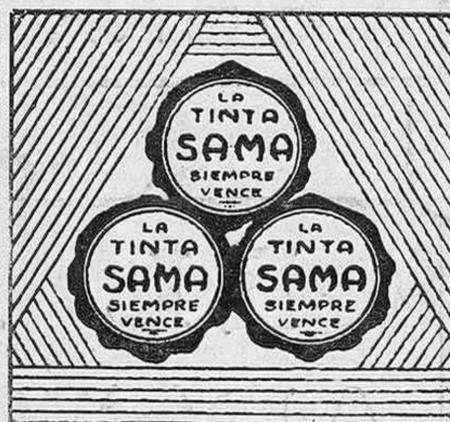
“PRENSA GRÁFICA”

EN PORTUGAL:

D. Alejo Carrera

Rúa Aúrea, 146,
LISBOA

Rúa Santa Catarina, 53,
OPORTO



RAMOS Especialidad en bisoñes para caballeros y postizos de señora, con rala natural, invención de esta Casa. Aplicación de tinturas. O dulación Marcel. Manicura. Perfumaria.



On parle français. — Teléfono 870-M. Huertas, 7 dupl.º, Madrid.

SE VENDEN

los clichés usados en esta Revista. Diríjanse á esta Administración, Hermosilla, 57

ELIXIR ESTOMACAL
de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É
INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS